



Maryah Well

Una vida más contigo

Una vida más contigo

Maryah Well

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

Nota de la autora

Bienvenidos/@s de nuevo al mundo de los piratas, aunque, en esta ocasión, se mantendrán en tierra firme.

Si habéis llegado hasta esta novela corta sin leer antes la anterior: “La tentación a bordo”, es posible que os haga spoilers, por lo que os aconsejo leer primero la antes mencionada y, después, dedicar vuestro tiempo a esta nueva: “Una vida más contigo”.

Sin más que aconsejaros, espero que os guste y no olvidéis dejar vuestra reseña y/o valoración para que yo sepa si va gustando o no.

Gracias por vuestro apoyo y ¡nos vemos en la próxima!

Capítulo 1

*3 de mayo de 1871.
Amaretia, Yndral.*

Mirena estaba sentada en el salón de la casa de su yerno, el barón de Yndral, que se la había dejado para que Leon, su hijo menor, encontrara a una futura esposa.

El muchacho ya había cumplido treinta años y debía dejar de holgazanear en el galeón para ocupar el lugar que le correspondía como conde de Draulen, por lo que había decidido que irían a otras tierras a probar suerte con las damas casaderas del país.

Llevaban dos días en la casa y habían asistido a un baile cada noche, pero su hijo no parecía poner de su parte para cortejar a ninguna de esas muchachas. Y no es que no fueran bonitas, que lo eran, sino que, según él, era como si tuvieran la cabeza hueca.

Pues, no podía ponerse muy quisquilloso, además, debía tener en cuenta su nueva condición que tampoco podía dejársela ver a cualquiera.

—Hijo, ¿por qué no dejas de lado la inteligencia de las damas y te decides por una? Como sigas rechazándolas vamos a tener que ir a otro país y no soy tan joven como para aguantar tantos viajes —le dijo la mujer bordando sentada en el sofá tapizado con una hermosa tela amarillo pálido.

El aludido estaba de pie, mirando por la ventana, a la espalda de su madre, y resopló molesto.

—Mamá, no puedo obviar esa falta de inteligencia. Me gustaría hablar y mantener una buena conversación con mi esposa o me aburriré soberanamente —contestó Leon con su voz grave, aunque conciliadora, observando el jardín que se extendía por sus ojos, iluminado por los rayos del sol del crepúsculo anaranjado.

—De acuerdo. Tienes razón. Es que estoy cansada de tanto baile y de aguantar a las otras madres. Son insufribles.

—Te propongo un trato —el chico se sentó al lado de ella—. Si en dos semanas no encuentro a ninguna dama que merezca mi atención, nos iremos a otro país y será el último por esta temporada. ¿Te parece bien?

—Si no queda más remedio —suspiró la mujer con resignación.

—Tengo el presentimiento de que encontraré una esposa esta semana. Vamos, ve a prepararte para el baile de esta noche. No quiero llegar tarde.

Mirena dejó el bordado en el asiento que había estado ocupando y subió las escaleras del vestíbulo para llegar a su habitación y prepararse para otra larga noche.

Leon se irguió en toda su altura para volver a la ventana y observar el jardín. Los jardineros hacían un trabajo espectacular con aquel laberinto de setos bajos en medio de la estancia rodeada de hermosas rosas rojas y blancas. Esa era la flor favorita del padre de Daven, su cuñado y dueño de la casa, y los empleados las cuidaban con esmero para honrar la memoria del difunto.

Su madre bajó las escaleras media hora después, le ofreció su brazo y la guio hasta el carruaje que los llevaría al baile de los señores Mansfield



Danielle salió del carruaje en cuanto éste paró enfrente de la casa de su hermano mayor, el

barón de Yndral, subió los escalones de la escalera de tres en tres y entró en su habitación para cambiarse el vestido en unos pocos segundos.

Bajó para regresar al interior del carro, encontrándose con Grissom, el mayordomo, que la miraba con asombro. Lo saludó levemente, se marchó sin escuchar lo que el hombre parecía tener que decirle y se dispuso a asistir al primer baile del que había recibido la invitación aquella temporada.

El señor y la señora Mansfield eran unos encantadores ancianos, amigos de la familia desde que su padre ocupó el lugar de barón con la muerte de su abuelo y no podía dejarlos plantados por nada del mundo.

El carruaje se detuvo, el cochero abrió la puerta y la ayudó a bajar.

Danielle observó la enorme mansión de los anfitriones y sus comisuras se elevaron para formar una gran sonrisa. Estaba impaciente por verlos y abrazarlos. Eran como sus abuelos y ellos la consideraban su nieta.

Entró en el salón de baile y buscó con la mirada a los anfitriones. Ambos estaban hablando con otra pareja.

La chica se acercó a ellos con una gran sonrisa de oreja a oreja, tapó los ojos de la mujer al llegar hasta ella y preguntó:

—¿Quién soy?

La mujer rio y contestó:

—La joven más hermosa del baile y mi nieta más querida.

La aludida quitó las manos de los ojos de la señora Mansfield y la pareja la abrazó con fuerza, riendo de felicidad por verla en su casa.

—Creíamos que no vendrías —apuntó el hombre emocionado.

—Nunca me perdería un baile de mis abuelos. ¿Qué podéis contarme de los hombres interesados en el matrimonio de esta temporada? ¿Hay alguno que valga la pena, abuela? —preguntó mirando a su alrededor.

—Pues, en mi opinión, solo hay uno lo bastante inteligente y apuesto que merezca tu tiempo y el placer de tu compañía —respondió la mujer buscando con la mirada al susodicho.

—¿De verdad? Cada vez me lo ponen más difícil. ¿Quién es el afortunado?

—El conde de Draulen.

Los ojos verdes y castaños de Danielle se clavaron en el rostro de la anciana, abiertos de par en par por la sorpresa. “¿Leon está aquí?”, se preguntó desconcertada.

—Mira, allí está su madre. Ven que os presento —la señora Mansfield cogió la mano de la muchacha para guiarla hacia la mujer, pero la joven la detuvo.

—No te molestes, abuela. La conozco. Iré yo sola. Tú sigue hablando con tus invitados.

—¿Estás segura? —la chica asintió dedicándole una sonrisa—. De acuerdo. Pásatelo bien, querida nieta.

—Lo haré.

La joven le dejó un beso en la mejilla a la pareja y se encaminó hacia la suegra de sus hermanos con una renovada ilusión.

Mirena se rio con poco entusiasmo de algo que había dicho una de las madres con las que estaba sentada en el borde de la pista de baile y escondió una mueca de desagrado detrás del vaso de limonada. “Por los dioses, qué mujeres más insufribles”, pensó al escuchar la misma conversación que había tenido con la misma mujer la noche anterior, en el baile de los Smithson.

—Buenas noches, señoras. Espero que lo estén pasando de fábula —las saludó Danielle

quedándose de pie, en toda su altura, delante de la madre de sus cuñadas.

La mujer alzó el rostro y se le iluminó al verla. Se levantó de un salto de la silla y la abrazó con fuerza.

—Gracias a los dioses —susurró al oído de la joven—. Sácame de aquí, por favor.

—Señora Stainfield, ¿le apetecería dar un paseo conmigo?

—Por supuesto, señorita Harrelson. Discúlpenme, señoras —ambas hicieron una leve reverencia con la cabeza y se marcharon lo más rápido que pudieron—. ¿Qué haces aquí? Estás preciosa vestida así —la halagó dirigiéndose hacia la mesa de la comida.

—Llevo años asistiendo a este baile. El señor y la señora Mansfield son buenos amigos de la familia, tanto que los llamo abuelos. Y ya que vengo, aprovecho para buscar un marido. ¿Y vosotros qué hacéis aquí? ¿Dónde está Leon?

—Pues por la misma razón que tú. Mi hijo busca esposa. Hace un momento estaba bailando, pero ya no lo veo. Tal vez esté dando un paseo con alguna chica casadera por el jardín.

—Caray. Sí que hace tiempo que no nos vemos. ¿Dónde os estáis quedando?

—Daven nos ha dejado vuestra casa. Supongo que tendremos que irnos para que tú te instales en ella.

—Oh, no. No te preocupes. Hay sitio suficiente para todos.

—¿Quieres que busquemos a mi hijo? Me vendría bien tomar algo de aire fresco —le propuso Mirena abanicándose con la mano.

—Claro, vamos. ¿Y qué tal va la búsqueda de futura condesa?

—Lento. Me parece que mi hijo tiene unas expectativas demasiado altas para su futura esposa y ninguna llega a rozar ese límite.

—Bueno, de pequeño ya era bastante exigente, creo recordar. No me extraña que busque la perfección personificada en esa fémica.

—Lo sé. Debí avisarle de que la perfección no existe —dijo la mujer con culpabilidad.

—En realidad no hay ninguna buena definición para la perfección. A veces, simplemente crees que alguien es perfecto por lo que te hace sentir tal como eres, sin cambios —filosofó Danielle con la vista un poco perdida en los terrenos que se extendían delante de ella.

—Es posible que tengas razón.

Giraron al llegar a una esquina de la mansión de piedra grisácea y la mujer chasqueó la lengua.

—¿Dónde se habrá metido este chico? —preguntó con fastidio.

—Tal vez haya encontrado a la condesa perfecta y esté cortejándola.

—Pues sería un gran alivio. Estoy cansada de aburrirme.

La chica se rio por el comentario y entraron por la puerta trasera del salón de baile.

—¿Quieres que nos marchemos? —le inquirió.

—No quisiera privarte de tu propósito. Llamaré al carruaje y os esperaré en la comodidad de mi habitación.

—No voy a dejar que te vayas sola. Y mi propósito puede esperar al siguiente baile. Le diré a los señores Mansfield que informen al conde de tu salida y que regrese cuando quiera. Iremos en mi carruaje.

—¿De verdad que no te importa?

—Para nada. Prefiero tu compañía a la de cualquiera de estos pomposos.

—Pensando así no encontrarás marido —le dijo Mirena sonriendo divertida.

La muchacha se rio dejándola en la entrada hasta que regresara de informar a los anfitriones, subieron al carruaje y se marcharon hacia el silencio y la comodidad de sus habitaciones.



Un estruendoso ruido de una silla cayendo al suelo de baldosas despertó a Danielle con un sobresalto. Se incorporó en la cama y agudizó el oído para escuchar dos voces masculinas provenientes del vestíbulo.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó Grissom al recién llegado.

—Perfectamente, gracias. Que nadie me moleste hasta la hora de la cena —contestó una voz grave que la chica no había escuchado nunca.

—Por supuesto, señor. Que descanse.

La joven escuchó unos pasos que subían las escaleras y se acercaban por el pasillo, hasta la habitación contigua a la suya. Se levantó de la cama en silencio, pegó la oreja a la pared y escuchó los pasos del hombre hasta que cayó encima del colchón.

No sabía con certeza quién era, pero tenía la vaga sospecha de que se trataba de Leon, el hermano pequeño de sus cuñadas y conde de Draulen desde los diez años, cuando su padre murió en un intento por recuperar a su familia y maltratarla de nuevo.

El título le había llegado con bastantes deudas por la afición desmesurada del antiguo conde de gastar dinero en las timbas de juego clandestinas, sin embargo, ahora estaba libre de cargas y en pleno auge de bienes.

Daven, el capitán y hermano de Danielle, había subsanado las deudas, todas y cada una de ellas, para que el nuevo conde y su madre pudieran empezar de cero.

Y eso hicieron después de viajar, en el barco de la familia, durante todo el verano, hasta que el niño tuvo que regresar para ir a la escuela. En su ausencia académica, Mirena se había hecho cargo de todo lo que conllevaba el título.

Después de veinte años, el pequeño había crecido y era lógico que estuviera buscando esposa. Lo que no llegaba a comprender la chica era el porqué había decidido ir hasta Yndral para llevar a cabo la tarea. ¿Es que en Draulen ya no había damas casaderas?

El sonido de unos ronquidos, aunque parecían más bien gruñidos, traspasaron la sólida pared hasta el oído de la chica. Se encaminó hacia la cama, se tumbó y cerró los ojos cuando los rayos del sol empezaban a iluminar la estancia.

Capítulo 2

Danielle se atavió con un vestido de muselina color crema, se hizo un moño bajo y se dirigió al comedor dispuesta a cenar lo que la señora Hook hubiera preparado y, a juzgar por el olor que le llegaba hasta las fosas nasales, estaba segura de que la cocinera había hecho tarta de manzana como postre.

Abrió las puertas dobles y vio a Mirena sentada en una silla, esperando para comenzar a cenar cuando todos estuvieran a la mesa.

La chica se sentó enfrente de ella dedicándole una sonrisa y poniendo la servilleta estirada en su regazo.

—¿Cómo has dormido? —le preguntó la joven dando un sorbo de agua.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Estupendamente. ¿Escuchaste cuando llegó tu hijo?

—Habría que estar sorda para no escucharlo. Siempre tropieza con el mismo escalón y se lleva por delante la misma silla —dijo la mujer riendo—. Ya debería acordarse de que no estamos en nuestra casa de Draulen.

—No creo que estuviera en condiciones para ver o reconocer nada.

—Ya es la tercera noche que llega así. Supongo que su cortejo no acabó como creía. Espero que no lo tome como una costumbre.

—Señora, ¿servimos ya la cena o esperarán un poco más al señor? —quiso saber Grissom con su rostro imperturbable.

—Sirva, por favor. No tardará mucho más en bajar.

El mayordomo hizo una leve reverencia con la cabeza y se dirigió a la cocina para que los sirvientes llevaran las bandejas.

Las puertas estaban entreabiertas cuando se abrieron del todo para dejar paso a la comida y, en último lugar, a un hombre muy alto, de pelo rubio, ojos celestes, piel canela y una incipiente barba que le ensombrecía la mandíbula.

—Buenas noches —saludó el recién llegado con la misma voz grave que Danielle escuchó tras las paredes de su habitación aquella mañana.

Los ojos verdes y castaños de la muchacha observaron al joven de arriba abajo, sin poder creer lo que veía. “¿Ese es Leon? ¡Por los dioses, sí que ha crecido!”, pensó sin poder apartar la vista de él. Además, tenía la impresión de haberlo visto en algún otro lugar, aunque sus recuerdos estaban un poco borrosos.

—Hijo, ¿te acuerdas de Danielle? —le preguntó su madre siguiéndolo con la mirada hasta que se sentó en una silla, en medio de ambas mujeres, presidiendo la mesa.

La mirada del chico se clavó en el rostro de su progenitora y la desvió cuando ésta le hizo un leve movimiento con la cabeza para señalar a la muchacha sentada frente a ella.

La boca y los ojos del hombre se abrieron por la sorpresa. Sus comisuras se elevaron en una sonrisa amable y respondió:

—Por supuesto que me acuerdo. Me alegro de verte después de tanto tiempo. ¿Qué tal estás? Y lo más importante, ¿qué haces aquí?

—Curiosamente, lo mismo que tú. Danielle está buscando marido y ha decidido hacerlo en su país de origen, como es lógico —comentó Mirena con sarcasmo antes de que la joven pudiera

abrir la boca.

—Perdóname, mamá. Te aseguro que no me atrae ninguna chica de Draulen. Parece que las hacen a todas con el mismo molde aburrido y, si me caso, por lo menos quisiera poder reír con mi esposa.

—En eso llevas razón. No me gustaría que cayeras atrapado en un amargo matrimonio.

—¿Ha habido suerte con la búsqueda de marido? —le inquirió el chico a Danielle dando un bocado al pescado.

—Llegué anoche, al baile de los Mansfield, pero no tuve tiempo de explorar el terreno —contestó la muchacha bebiendo un poco de vino.

—Esta noche hay otro baile. Podemos ir juntos, si quieres. No me vendría mal una ayuda femenina extra.

—Será un placer. A mí me vendría bien una ayuda masculina. Supongo que habrás conocido a varios hombres casaderos. Podrías decirme cuál me convendría y cuál no. No quisiera tener que volver el año que viene.

—Los conozco, sí. Y si te soy sincero, ninguno estará nunca a tu altura, literalmente. Si no recuerdo mal, eras igual de alta que Stuart.

—Recuerdas bien. Creo que eso me conlleva un leve problema a la hora de buscar pareja. Pero yo no tengo la culpa de haber crecido tanto.

—Muy cierto. Los hombres se sienten poderosos y quieren creer que pueden proteger a su dama. Sin embargo, si la dama les saca una cabeza de altura, no la ven como si tuvieran que protegerla, al contrario, los intimida. Además, que sepas defenderte sola tampoco ayuda.

—Bueno, eso intento no decirlo ni demostrarlo. Con la altura ya tengo suficiente como para sumar un nuevo problema.

—No os preocupéis. Entre los tres encontraremos una esposa y un esposo dignos de vosotros —apuntó Mirena pasando su mirada castaña de uno a otra, incapaz de no pensar en que Gabrielle, la madre de Danielle, estaría de acuerdo con ella en lo que rondaba por su cabeza. “Tal vez...”, pensó con una sonrisa traviesa en los labios.

—Pues, decidido. Esta noche arrasaremos los dos en ese baile. Y te lo digo ya, tienes que reservar el primer baile para mí, así te pondré al día de los hombres casaderos del lugar —le advirtió Leon dando un sorbo de vino y ofreciendo una sonrisa elegante a la joven.

—Por supuesto, es lo menos que puedo hacer.

Terminaron la cena entre divertidas anécdotas que madre e hijo habían vivido en el barco de Daven, el hermano de la chica. Las mujeres subieron para cambiarse y Leon se quedó mirando fijamente la silla vacía en la que la joven había estado sentada.

“Qué sorpresa encontrarla aquí. No ha cambiado nada”, pensó con una sonrisa encantada.

Intentó recordar el primer verano a bordo de “La Venganza”, pero estaba un poco borroso. Sabía que ella había estado allí, aunque no mucho tiempo. Se tuvo que ir a trabajar y él disfrutó durante un poco más el cariño de sus hermanas y las clases de defensa, espada y tiro con arco de sus cuñados. Siempre se divertía en alta mar y contaba los días para que terminara el curso y así volver a embarcar.

—¡Hijo, estamos listas! —le gritó su madre desde el vestíbulo.

El aludido sacudió la cabeza para salir de sus pensamientos, se levantó de la silla abrochándose la chaqueta y encontrándose con ellas. Su mirada celeste se quedó clavada en Danielle, observándola de arriba abajo, impresionado con su belleza. Nunca se había detenido a mirarla con atención, además de que tampoco la había visto ataviada con un vestido. Le quedaba

espectacularmente bien aquella tela que se ceñía a sus pechos, con el preciso escote para que el corsé se lo alzara, pero sin ser demasiado atrevido u obsceno.

—Hijo —lo llamó su madre preocupada—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —se aclaró la garganta, se puso en medio de ambas y les ofreció sus brazos para guiarlas hasta el carruaje que los esperaba fuera.

Las ayudó a subir, se sentó frente a ella y dio unos golpes en el techo para que se pusieran en marcha. “¡Por los dioses, Leon! ¿Cómo has podido pensar así?”, se regañó mirando por la ventana con la mirada perdida.

—¿Seguro que te encuentras bien? —escuchó la pregunta de su madre a lo lejos.

—Estoy bien, mamá.

—De acuerdo, te creeré.

El carruaje llegó a la casa de los señores Horton unos minutos después y el cochero les abrió la puerta. Leon salió el primero, ayudó a su madre y, luego, a la chica. Craso error. En cuanto cogió su mano entre la suya, un cosquilleo lo recorrió de la cabeza a los pies y sintió su suave y cálida piel, aun cuando sus manos estaban tapadas por los guantes.

“No puede ser verdad”, se dijo apartándose de ella y disimulando la opresión de sus pantalones en la entrepierna.

Era cierto que ya no era un crío de diez años que había heredado el título de conde a tan temprana edad. También era cierto que hacía muchos años que no la veía y que no la había tratado tan de cerca como a Noelle, la hermana de ella, pero ¿tanto había cambiado como para ponerse duro solo con el simple hecho de agarrar su mano? “¡Por los dioses, es una grandísima locura!”, se rió subiendo la escalinata de la casa para entrar en el salón de baile.

Las miradas de todas las damas casaderas y sus madres se clavaron en ellos, asombrados.

Avanzaron hasta sus anfitriones para saludarlos y Mirena se dirigió hacia las sillas dispuestas por el borde de la pista de baile mientras su hijo y la chica se posicionaban para bailar un vals.

Una mano del hombre agarró la de la muchacha a la vez que apoyaba la otra en la cintura de ella. Contuvo la respiración al sentir de nuevo el cosquilleo y el deseo que se empeñaba en quedarse en su entrepierna.

—Ya estamos aquí. ¿Qué puedes decirme de aquel chico de la esquina? —le inquirió Danielle señalándole con los ojos a la dirección que debía mirar.

Leon buscó al caballero y lo observó. El susodicho era castaño, con ojos grises y muy buena planta.

—El barón de Daewen. Creo que su nombre es ¿Phillip? No estoy seguro. No puede decirse que sea feo, sin embargo, su inteligencia deja mucho que desear.

—¿De verdad? Pues no lo aparenta —dijo la chica sorprendida—. ¿Y qué me dices sobre el que está junto a la puerta?

—¿Sir Thomas? No te lo aconsejo. Su reputación no es la mejor y te aseguro que puedo confirmar cada uno de los rumores. Se emborracha cada noche y acaba en la cama de cualquier cortesana dispuesta a soportarlo.

—Caray. ¿Qué tal el que está en la puerta que da al jardín?

—Allí te llevará para intentar sobrepasarse contigo.

—Descartado, definitivamente. ¿Tal vez el que está al lado de la comida?

—Si te gusta mantener una conversación aburrida, ese es tu hombre.

—No me estás dejando muchas opciones. Se agotan los candidatos.

—Ya te dije que no había ninguno a tu altura. ¿Creías que mentía? —le preguntó con las cejas

levantadas por la sorpresa de que pudiera llegar a creer eso de él.

—No, por supuesto que no. No podrías mentirme porque lo sabría. Alguno habrá que merezca la pena, ¿no?

—Bueno, según he oído decir a las madres de las damas, solo hay uno que valga la pena.

—Fantástico. ¿Quién es? —quiso saber la chica con la ilusión renovada.

—Yo.

Aquella palabra había sido como un jarro de agua fría y la joven inquirió:

—¿Me tomas el pelo?

—No. Soy el soltero de oro de esta temporada.

—¡Por los dioses! Está claro que no encontraré un marido decente este año.

—Suenas muy optimista —le dijo el chico con sarcasmo.

—Discúlpame. Es que tengo ya una edad y he pospuesto demasiado tiempo este momento. Debí haberlo hecho antes —contestó con la voz lastimera.

—¿Cómo vas a explicarle a tu futuro marido lo que eres? No creo que vea tu longevidad como algo normal.

—Ya. Ese es otro problema muy significativo en el que tengo que pensar.

—¿Has pensado en buscar a un hombre que sea como tú?

—Sí, y ninguno me atrae —respondió encogiéndose de hombros.

—Eso sí es un pequeño problema. De acuerdo, continuaremos buscando entre un indefenso humano.

—Un indefenso humano como tú, si no recuerdo mal —una sonrisa burlona se formó en los labios de la chica.

El chico clavó su mirada en los labios llenos de ella y el cosquilleo regresó a él como una ola del mar que rompía en un acantilado. Aquella fuerza con que lo sintió lo dejó paralizado.

—Leon, ¿estás bien? Perdona si te he ofendido —se disculpó Danielle esquivando a una pareja que se acercaba a ellos bailando—. ¿Leon?

—Disculpa. Voy a dar un paseo, necesito tomar el aire —le hizo una leve reverencia con la cabeza y se alejó dejándola sola en la pista.

Necesitaba respirar aire fresco y, si pudiera ser, desahogarse con alguna mujer dispuesta a ello sin condiciones.

La chica se quedó con la boca abierta al ver cómo el joven desaparecía lo más rápido que sus largas piernas podían. ¿Qué había pasado? ¿Qué había dicho para que saliera corriendo de esa manera? Sabía que no le gustaba ser un indefenso humano, como decía él, pero no sabía que le importara tanto como para dejarla en medio de una pista de baile, sola y observada.

Se aclaró la garganta dedicando una sonrisa sin importancia a todos los que la miraban desde el borde de la pista. Dio un paso para salir de allí cuando un hombre alto (más que ella, que ya era extraño), de pelo y piel morenas, ojos grises y buen porte, se acercó a ella con una sonrisa galante en sus carnosos labios.

—Perdone mi atrevimiento, señorita. ¿Me concedería el siguiente baile? —le preguntó haciendo una reverencia.

—Será un placer, señor.

—Mi nombre es Gideon Bunton, vizconde de Deusen.

—Danielle Harrelson, hermana del barón de Yndral. ¿Qué le ha traído por mi país, señor?

—Principalmente, la búsqueda de una esposa.

—¿Y secundariamente?

—Conocer estas tierras. Nunca está demás aprender cosas nuevas sobre otras culturas — contestó el hombre con una sonrisa encantada.

—Ha venido al sitio idóneo para aprender cosas nuevas.

—Puede que le parezca inapropiado mi propuesta, sin embargo, no me perdonaría si no se la hiciera, señorita Harrelson.

—¿Cuál es esa propuesta, señor?

—¿Le gustaría pasear mañana conmigo?

—Estaré encantada.

Después de varios bailes, un paseo por el borde de la pista y una conversación muy amena, el vizconde dejó a Danielle junto a Mirena y se marchó despidiéndose hasta el día siguiente.

—Bueno, parece que tenemos posible candidato para futuro marido, ¿no? —le inquirió la mujer con una gran sonrisa pícara en los labios.

—Es un candidato muy posible —confirmó la muchacha sonrojándose—. Podemos irnos cuando...

—Estupendo. Vamos, estoy cansada —la interrumpió levantándose de un salto de la silla y encaminándose hacia los anfitriones para despedirse.

Ambas subieron a sus habitaciones y Danielle se quedó un rato más despierta hasta que escuchó el sonido de la silla al caer contra el suelo del vestíbulo y un grito masculino maldiciendo.

—¡Por los dioses, Grissom! ¿Para qué demonios quiere una silla en el vestíbulo? —se quejó Leon con los dientes apretados y sosteniéndose el pie que se había golpeado con la pata de la silla.

—Lo cierto es que no lo sé, señor. Le aseguro que me desharé de ella por la mañana —respondió el servicial mayordomo.

—Gracias.

El chico subió hasta su habitación, se desvistió y se metió en la cama para dormir hasta la noche siguiente.

La chica lo escuchó entrar en la estancia contigua a la de ella. Estaba tentada a llamar a su puerta para disculparse por la metedura de pata del baile, pero se contuvo. La sociedad en tierra firme no era tan liberada como la del mar y no verían bien que una muchacha soltera visitara a un hombre soltero en su dormitorio.

Apagó la luz de la vela encendida que descansaba en su mesita de noche y cerró los ojos. “Mañana le pediré disculpas”, pensó antes de quedarse dormida observando con demasiada atención el techo.

Capítulo 3

Leon se despertó cuando el sol calentaba la habitación. La estancia estaba totalmente iluminada por los rayos del astro.

Se despertó, se vistió y bajó las escaleras para quedarse petrificado en el último escalón al ver a un desconocido en el vestíbulo forrado de madera de roble.

Lo observó de arriba abajo con el ceño fruncido y se acercó a él despacio.

—¿Quién es usted? —le preguntó casi con un gruñido.

—Gideon Bunton, vizconde de Deusen. Para servirle —contestó el caballero con una leve reverencia.

—¿Qué hace aquí?

—Esperar a la señorita Harrelson. Vamos a dar un paseo.

Leon contuvo el gruñido que se estaba formando en su garganta y cerró los puños para no saltar al cuello de ese pomposo caballero y desangrarlo.

—Veo que ya se conocen —dijo una voz femenina mientras bajaba las escaleras, a la espalda del conde.

—Señorita Harrelson, está usted preciosa —la halagó el vizconde dejándole un beso en los nudillos enguantados.

—Gracias. Señor Stainfield, ¿podría hablar con usted un momento? —le pidió clavando sus ojos verdes y castaños en el perfil del chico. Parecía tenso, al menos, su mandíbula lo estaba—. ¿Señor Stainfield?

El aludido giró la cabeza hacia ella lentamente, tragó saliva mordiéndose la lengua al verla ataviada con aquel vestido celeste y asintió dirigiéndose al despacho.

Danielle lo siguió dedicándole una sonrisa de disculpa al vizconde y cerró la puerta detrás de ella. Contempló la espalda encorvada del muchacho al apoyar las manos en el escritorio y dio un paso hacia él.

—Quería pedirte disculpas por el comentario de anoche en el baile —habló ella con pesar en la voz—. No tuve ninguna consideración hacia ti. Lo siento mucho.

—No hace falta que te disculpes. No me ofendiste, si es lo que te preocupa —respondió él dando media vuelta para apoyarse en la mesa con los brazos cruzados a la altura del pecho y las piernas a la altura de los tobillos.

—Pues no fue eso lo que me pareció ante tu escapada.

—Ese no fue el motivo de mi salida.

—Entonces, ¿cuál fue? —lo interrogó la muchacha con el ceño fruncido, al igual que él.

—Vi a una conocida y fui a saludarla.

—¿La saludaste durante toda la noche?

—Podríamos llamarlo así, sí. ¿Cuándo conociste al vizconde?

—Cuando me dejaste sola en la pista de baile. Me invitó a bailar, paseamos y conversamos. Después me propuso pasear hoy y acepté. Es un buen candidato como futuro marido.

—Ya veo. Te gusta y eso es una gran base para un matrimonio feliz —gruñó entre dientes el chico, apretando las manos cruzadas sobre sus brazos.

—Pues sí —se miraron durante un minuto, fijamente y en silencio—. ¿Te pasa algo conmigo? —quiso saber ella dando otro paso hacia él.

—No. ¿Por qué?

—Te encuentro extraño. Y tu postura tampoco ayuda. ¿He dicho algo que te haya molestado? Porque ya me he disculpado por el comentario de anoche...

—No estoy molesto y, mucho menos, contigo. Diviértete en tu paseo y ten cuidado con el sol.

Danielle lo observó durante unos segundos para comprobar que no le mentía, le dedicó una sonrisa agradecida y salió del despacho ataviándose con el sombrero que llevaba en la mano. Enredó la mano en el brazo del vizconde y se alejaron de la casa para entrar en el parque.

Leon los contempló hasta que desaparecieron al girar una esquina y sintió cómo le temblaba el cuerpo con las manos en dos puños.

—El vizconde será un buen marido, ¿no te parece? —le comentó la voz de su madre, a su lado.

Un bufido fue la única respuesta de su hijo antes de subir los escalones de tres en tres para llegar a su habitación y cerrar con un portazo que hizo estremecer hasta los cimientos de la casa.

“Tampoco es para ponerse así”, pensó la mujer encaminándose hacia el comedor, encogida de hombros sin comprender qué había pasado.



El paseo con el vizconde estaba siendo agradable, sin embargo, su mente estaba en otra parte. ¿Por qué el conde estaba tan extraño? ¿Por qué la trataba así? Tenía muchas preguntas rondando por su cabeza, mas ninguna respuesta.

No tenía ni la más remota idea de lo que estaba pasando. Tal vez Mirena podría ayudarla a aclarar sus dudas.

—¿Señorita Harrelson? ¿Sigue conmigo? —la llamó el hombre observándola.

—¿Disculpe?

—Creo que su mente ha volado hacia otro lugar.

—Perdóneme, no volverá a ocurrir. ¿Qué me estaba contando?

—Le estaba diciendo que le encantaría los jardines de mi casa. Tengo una veintena de jardineros que se ocupan de ellos y están sublimes, sobre todo, en primavera. Considérese invitada a contemplarlos en todo su esplendor —le propuso el vizconde parándose en un banco para sentarse junto a ella.

—Se lo agradezco, señor. ¿Asistirá al baile de esta noche?

—Si me concede el honor de acompañarla.

—Por supuesto. ¿Le importa si regresamos? El sol está calentando demasiado y me siento un poco fatigada.

—Faltaría más, señorita. Agárrese a mí.

La chica colocó su mano alrededor del brazo que él le ofrecía y caminaron de vuelta hacia la casa.

El hombre se despidió de ella con un beso en los nudillos enguantados y le recordó que la recogería esa noche para ir al baile juntos.

Danielle suspiró al cerrar la puerta, se deshizo del sombrero y los guantes, y se encaminó hacia el salón donde encontró a la persona con la que quería hablar.

—Buenos días, querida. ¿Qué tal ha ido el paseo? —le preguntó Mirena sin apartar la vista del bordado.

—Agradable. ¿Puedo preguntarte algo? —la chica se sentó al lado de la mujer y continuó cuando ella le asintió—. ¿Sabes qué le ocurre a tu hijo?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, es que antes de irme a dar el paseo he querido disculparme con él por el comentario que le hice anoche en el baile, pero lo he notado extraño. Me parece que sigue molesto por ello y quiere hacerme creer que no. ¿Qué piensas tú?

—¿Cuál fue ese comentario? —quiso saber la mujer dejando el bordado en su regazo.

—En resumen, le dije que era un indefenso humano.

La boca de Mirena se abrió al comprender que la joven no estaba al tanto de todo lo que había pasado en esos veinte años y le dedicó una sonrisa para tranquilizarla.

—Si él te ha dicho que no está molesto, es porque no lo estará. Está presionado para encontrar una esposa y, muy posiblemente, esté estresado. Has tenido la mala fortuna de estar en el momento y lugar equivocado con él. Estoy segura de que te pedirá perdón por su comportamiento en cuanto te vea —le explicó la mujer agarrándola de la mano para que no pensara más en ello.

—Está bien. Tú lo conoces mejor que yo.



El reloj dio las ocho en punto de la noche cuando alguien llamó a la puerta de la casa. Leon giró la cabeza un poco y reconoció al recién llegado antes de que Grissom abriera para dejar paso al vizconde.

—¿Qué le trae por aquí, vizconde? —quiso saber el chico con las manos entrelazadas en la espalda y mirando fijamente el peldaño más alto de la escalera.

—Recoger a mi compañera de baile, conde.

—Así que, está interesado en ella. El paseo fue bien, ¿no? ¿Está convencido de que es correspondido con el mismo sentimiento?

—No ha rechazado ninguna de mis invitaciones, por lo que puedo estar seguro de que soy correspondido.

Leon se giró para mirarlo a la cara y vio la determinación en el rostro del hombre.

—Disfrute mientras dure —le advirtió el conde con una sonrisa arrogante.

—Buenas noches, señor —lo saludó Mirena bajando las escaleras de mármol blanco seguida de Danielle.

El aludido desvió la mirada escrutadora del conde y se le iluminaron los ojos a la vez que se le abría la boca, maravillado al ver a la chica resplandeciente con aquel vestido verde claro.

—Buenas noches, señorita Harrelson —le dijo el hombre ofreciéndole la mano para ayudarla a bajar el último escalón—. Esta noche está muy hermosa.

—Muchas gracias, señor. Podemos irnos cuando decida.

—Enseguida, pues.

El vizconde le ofreció el brazo y la guio hasta el carruaje. La ayudó a subir a las dos mujeres y entró antes que el conde.

Leon reprimió el gruñido que estaba a punto de salir de su garganta, cerró las manos en dos puños y se sentó al lado de su madre, fulminando con la mirada a su presa.

Danielle observó el rostro del conde con los ojos entrecerrados, reconociendo aquella mirada letal. La había visto en sus hermanos durante la batalla. ¿Era posible que la viera como una hermana y por eso se comportaba de esa manera, un tanto protectora, pero también posesiva? Todo aquello se salía de su comprensión.

La tensión podía cortarse con un cuchillo mientras los dos hombres se lanzaban puñales con la mirada y con sus palabras.

—¿Le gusta el mar, vizconde? —le preguntó Leon.

—No mucho. El movimiento del barco en el agua me marea.

—Qué lástima. A la señorita Harrelson le encanta. Creció en alta mar, ¿lo sabía?

—No me lo ha comentado —el hombre miró a la chica o, más bien, su perfil.

—No lo he visto necesario, ya que pienso afincarme en tierra, más concretamente, en las tierras de mi futuro marido —contestó la joven clavando sus ojos en el conde.

—¿Le parece justo que sacrifique sus gustos, vizconde? —inquirió sin apartar la mirada de ella.

—Lo cierto es que no. Si ella se sacrifica viviendo en tierra firme, yo podría navegar con ella durante el tiempo que desee —dijo Gideon cogiendo la mano enguantada de la muchacha para captar su atención, aunque no lo consiguió.

El suspiro de Mirena se escuchó en el incómodo silencio que se había hecho dentro del carruaje. Aquellas palabras del vizconde le habían llegado al corazón.

La sonrisa de Leon se esfumó para instalarse en los labios de la chica. Aquel hombre se lo iba a poner difícil, pero tampoco le dejaría el camino fácil. Si de verdad estaba interesado en ella, tendría que luchar por tenerla.

El carruaje se paró en la puerta de los señores Ferguson, los anfitriones del baile. Entraron en el salón decorado elegantemente, siendo de nuevo observados por todos los presentes.

La madre de una dama casadera se acercó con su hija hasta el conde, se presentó como la señora Corwell y le pidió, sutilmente, que bailara con su hija, la encantadora señorita Corwell. No supo cómo excusarse, así que, aceptó encantado, llevando a la chica hacia la pista de baile abarrotada.

Intentó con toda su fuerza de voluntad estar atento a lo que la joven le contaba sobre todo lo que había aprendido de su nueva institutriz, sin embargo, sus ojos no dejaban de buscar a Danielle que conversaba con el vizconde al lado de la mesa de la limonada.

La mirada de ella se clavó en el rostro de Leon que seguía bailando con la señorita Corwell y le dedicó una leve sonrisa para intentar limar asperezas. No sirvió de nada. Todo lo contrario, el chico se disculpó con su compañera de baile y se alejó con ella del brazo hacia el jardín.

“¿De verdad? ¿No tienes otro sitio al que ir? Eso está ya muy saturado”, pensó Danielle moviendo la cabeza en un gesto desaprobador.

Definitivamente, no entendía a los hombres y, mucho menos, no comprendía la manera de pensar de aquellas criaturas extrañas.

—Vizconde, ¿le apetece dar un paseo por el jardín? Hace demasiado calor en este salón —le inquirió la chica antes, incluso, de que pensara decirlo en voz alta.

—Me apetece mucho, señorita Harrelson.

Estaban a solo unos pocos pasos de la puerta trasera cuando un grito de mujer aterrador se escuchó en el salón.

—¡Minerva, despierta! —exclamó una joven acariciando el pelo de otra muchacha tendida en el suelo de baldosas negras y blancas.

Los murmullos viajaron de boca en boca más rápido que una bala de cañón y Danielle se encaminó hacia las dos jóvenes. Se arrodilló al lado de la enferma y le puso la mano en la frente. Estaba ardiendo.

—Tiene fiebre. Llévela a su casa y que la visite el médico cuanto antes. Ayúdeme a levantarla —le dijo a la muchacha que lloraba histérica.

Necesitaba continuar con el papel de una humana. Sabía que podría llevarla ella sola, pero la verían como un bicho raro y no era bueno para su reputación.

Pasó los brazos por debajo de las axilas de la enferma, esperando que la chica que lloriqueaba le alzara las piernas. No hubo reacción por parte de la muchacha y Danielle resopló conteniendo las ganas de gritarle.

Estaba dispuesta a cargarla ella sola cuando vio que Leon se arrodillaba a su lado y le susurraba:

—Yo la llevaré. Pide el carruaje.

La señorita Harrelson no lo pensó dos veces y se abrió camino hacia la entrada para llamar a un cochero y que llevara a la enferma a su casa.

En cuanto el carruaje se hubo marchado, Danielle se giró hacia el conde y lo observó durante unos segundos.

—Gracias por la ayuda —le dijo ella sin saber cómo comportarse.

—No hay que darlas. Tu pretendiente no estaría contento si te hubiera visto cogiendo a esa chiquilla en brazos como si fuera una pluma. Y tu reputación se habría ido al garete. Por cierto, ¿dónde está tu vizconde? —le preguntó buscándolo con la mirada.

—¡Por los dioses! Menudo revuelo se ha montado. ¿Estáis bien? —quiso saber Mirena al llegar corriendo hasta ellos, preocupada.

—Perfectos, mamá. Creo que se ha acabado el baile por esta noche. ¿Nos vamos?

—Sí, por favor. Mis nervios te lo agradecerán mucho, y mis oídos también. No tenéis ni idea de lo que puede llegar a hablar la madre de una dama casadera. Es espantoso y muy aburrido.

Leon hizo una señal a su cochero y se rio con el comentario de su madre. La ayudó a subir y alargó la mano hacia Danielle, que lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Has ordenado que nos siguiera? —lo interrogó señalando al cochero.

—Sí. Puedes esperar a tu vizconde si quieres o puedes regresar con nosotros.

La chica miró a su espalda para buscar a su pretendiente, pero antes de darse cuenta, cogió la mano del conde y subió al carruaje, sentándose al lado de Mirena y posando su mirada en el rostro del hombre cuando se posicionó enfrente de ella con una sonrisa en sus carnosos labios.

“¿Carnosos labios? ¿En serio, Danielle?”, se regañó disipando aquel extraño pensamiento de su mente.

Llegaron a la puerta de la casa del barón de Yndral y el cochero abrió para que sus tres ocupantes pudieran bajar.

Leon le ofreció la mano a su madre y, después, a la señorita Harrelson. Ésta se había quedado parada en medio de la puerta del carruaje, observando su mano entre la del hombre, dio un paso hacia el escalón y se torció el tobillo, cayendo en los brazos del conde cuando la agarró al vuelo con los reflejos de un felino.

Sus cuerpos estaban uno contra otro, demasiado cerca para sentir el calor que desprendían y el escalofrío que los recorrió de la cabeza a los pies.

“¡Por los dioses! No puede ser verdad”, se dijo la chica sintiendo el cálido aliento de él en su rostro. “No es posible”.

Lo apartó suavemente, con la respiración agitada y el corazón desbocado, le dio las gracias con una leve reverencia y corrió hacia su habitación. Se quedó con la espalda apoyada en la puerta, sin saber qué hacer.

—¿Cómo ha pasado esto? ¿Cuándo? ¿Y por qué con él? —murmuró con una congoja atascada en la garganta.

Se dirigió a la cama, desvestiéndose con manos temblorosas. Estaba desatando el corsé cuando escuchó que el conde entraba en la habitación contigua. Lo oyó murmurar algo, pero no lo

entendió.

Necesitaba hablar con alguien de todo aquello, mas ni su madre ni su hermana estaban allí para darle algún consejo que le sirviera de algo.

Se atavió con el camisón, se metió en la cama y miró al techo para después desviar la mirada hacia la pared que compartían las dos habitaciones.

—No, no, no —susurró dando media vuelta para quedar de espaldas a la pared.

Cerró los ojos con fuerza, evitando pensar en lo que había sentido estando en sus brazos y conteniéndose para no volver a mirar hacia el muro, tentada a llamarlo.

Capítulo 4

6 de mayo de 1871.

Casa del barón de Yndral.

Querida Gabrielle,

Te escribo esta carta para hacerte cómplice de mis sospechas.

Mi hijo y yo hemos tenido el placer de coincidir con tu hija Danielle. Al parecer, ella también busca un futuro marido.

Un vizconde (muy apuesto, en mi opinión) la está cortejando con mucho interés, pero ante mis ojos también he podido contemplar cómo otro hombre casadero se interesaba por ella.

Y aquí es donde voy a necesitar de tu ayuda para llevar a cabo la unión, ya que, para ser sincera, el segundo hombre me parece un mejor partido para tu hija.

Quisiera comentar mis sospechas contigo, en persona, y conocer así tu opinión sobre la pareja más conveniente para Danielle.

Espero de corazón que “La Venganza” no esté lejos de estas tierras y puedas ayudarme, además de deleitarnos con tu presencia.

Afectuosamente,

Mirena Stainfield, condesa de Draulen.



La mujer dejó la pluma en el escritorio, soplando la tinta para que se secase cuanto antes y poder mandarla con la primera luz del alba.

El reloj del vestíbulo sonó al dar las doce de la mañana haciendo que Mirena levantara la mirada de su bordado. Sus piernas no dejaban de moverse de arriba abajo, nerviosa.

Aquella misma mañana había mandado al mensajero oficial para que le hiciera llegar la carta a Gabrielle, la madre de Danielle, y no podía pensar en otra cosa.

Rezaba a los dioses para que el mensajero la encontrara cuanto antes y que la mujer entrara por la puerta antes de que fuera demasiado tarde.

Estaba inmersa en sus pensamientos cuando se sobresaltó al escuchar que llamaban a la puerta de entrada.

Grissom recibió al invitado y llamó a la mujer para informar de la visita.

—Lady Stainfield, es el vizconde de Deusen. ¿Lo hago pasar al salón? —le preguntó el mayordomo, servicial.

—Sí, claro. Traiga un poco de té y unas pastas, por favor.

—Como guste. Entre, por favor, la señora le espera —le dijo al recién llegado con una leve reverencia antes de marcharse a preparar el refrigerio.

El vizconde apareció en el hueco de la puerta abierta, se acercó a la mujer para dejarle un beso en la mano y se sentó en una silla cuando ella le ofreció asiento.

—¿Qué le trae por nuestra morada, lord Bunton? —quiso saber ella intentando mantener una sonrisa amable dibujada en su boca.

—Condesa, como habrá podido comprobar, tengo mucho interés en cortejar a la señorita Harrelson —respondió el chico nervioso.

—Creía que ya estaba llevando a cabo esa labor, milord.

—Lo cierto es que sí. Lo que realmente quería preguntarle es la relación que tienen usted y su hijo con la señorita Harrelson. ¿Por qué están quedándose en la misma casa?

—La señorita Harrelson es la hermana de mis dos yernos y, como bien sabrá, uno de ellos es el barón de Yndral, dueño de esta casa. Él nos ha dejado su vivienda mientras mi hijo y yo estemos en el país con el propósito de encontrar una futura condesa de Draulen.

>>Llegamos dos días antes que la señorita Harrelson, de la que no teníamos constancia de que vendría para el mismo cometido, encontrar un futuro marido. Fue una espléndida coincidencia verla en el baile de los Mansfield. Y, ya que somos prácticamente familia, ninguno hemos visto necesario marcharnos del hogar —narró Mirena con las manos entrelazadas en su regazo.

—No tenía idea de que los hermanos de la señorita Harrelson fueran sus yernos. No me ha comentado nada al respecto, pero ya me ha dejado más tranquilo su explicación. Disculpe si he llegado a ofenderla en algún momento.

—No me ha ofendido, milord. Es normal que tuviera sus dudas y me alegro habérselas resuelto. ¿Desea algo más?

—Si no le importa, ¿podría contarme alguna cosa sobre la familia de la señorita Harrelson?

—¿Ella no le ha hablado de ellos? —inquirió la mujer asombrada. El hombre negó—. Bueno, viajan todos en un galeón cumpliendo las órdenes del rey. Su padre murió cuando era pequeña y su hermano mayor, Daven, ocupó su puesto de capitán y los títulos de duque de Shania y barón de Yndral.

>>Su madre, Gabrielle, es un encanto y una magnífica cocinera. Tiene una hermana, Noelle, y un hermano más, Stuart. La señorita Harrelson se desvive por ellos, al igual que por sus sobrinos, Drake y Rubí, mis nietos a la vez —comentó la mujer con una gran sonrisa en sus labios al nombrarlos.

—Una familia grande y unida —convino él con añoranza.

—Daríamos la vida por ella y, estoy segura, que el sentimiento es recíproco. Tal vez me haya hecho estas preguntas por la actitud de mi hijo para con usted. Intentamos protegerla y es posible que se nos vaya a veces de las manos, aun así, le pido que no lo tome a mal.

—Por supuesto. Ahora lo comprendo todo mejor. Le agradezco que me haya dedicado una porción de su valioso tiempo.

—Ha sido un placer, lord Bunton. ¿Quiere que mande a llamar a la señorita Harrelson? Estoy segura que le emocionará su visita.

—Si no es molestia.

—Para nada.

Mirena se levantó del sofá, dedicándole una leve reverencia con la cabeza y salió del salón para subir las escaleras y llamar a la puerta de la habitación de la chica.

—¡Danielle, ha venido el vizconde! —exclamó en un susurro para que solo la muchacha la escuchara.

La puerta del dormitorio contiguo se abrió dejando ver a su hijo con el pelo alborotado y ataviado solo con unos pantalones.

—¿Se puede saber el motivo de tanto alboroto? —preguntó con un gruñido amortiguado por un bostezo.

—Nada, hijo. Sigue descansando.

La chica salió de su habitación ataviada con el camión y los ojos medio cerrados aún por el sueño.

—¿Qué ocurre? —quiso saber abriendo la boca en un bostezo.

—Cámbiate. Tienes visita —contestó Mirena empujándola al interior de la estancia para ayudarla.

—El vizconde otra vez —gruñó Leon entre dientes, despejándose al instante y apresurándose a vestirse.

En menos de un minuto, el conde de Draulen bajó las escaleras del vestíbulo, pidió que llevaran el almuerzo al comedor y entró en el salón para encontrar al vizconde sentado en una silla.

—Buenas tardes —lo saludó con la voz grave y el rostro serio—. ¿Le apetece acompañarnos en el almuerzo?

—Será un placer.

Ambos se sentaron a la mesa del comedor, cada uno en una esquina. El mayordomo les sirvió vino y Leon clavó sus ojos celestes en el rostro del hombre. Casi no parpadeaba y el vizconde comenzaba a sentirse incómodo por aquel escrutamiento que, probablemente, era el principio de un interrogatorio sin parangón.

—¿Cómo le va la temporada? —quiso saber el conde dando un sorbo a su copa, sin apartar la vista de él.

—No tengo queja alguna. Me he llevado una gran sorpresa al conocer a la señorita Harrelson. Es única y muy auténtica.

—Tiene mucha razón. ¿Es el primer año que viene a la temporada de Yndral?

—Lo cierto es que sí. Y no me arrepiento, en absoluto.

—Claro. Por curiosidad, ¿había escuchado algo sobre la señorita Harrelson cuando llegó hace dos días? —el conde vio cómo los ojos grises del hombre se abrían con sorpresa ante la pregunta —. Me sorprende que no le haya visto en ningún baile antes de que ella llegara.

—Bueno, en realidad, llegué hace cuatro días, pero tuve que ausentarme por razones personales que reclamaban mi presencia.

—Razones personales —repitió Leon con una sonrisa arrogante.

Sabía que le estaba mintiendo en la cara, mas debía controlarse. Iba a cazarlo, aunque lo haría delante de Danielle para que abriera los ojos y comprendiera la clase de alimaña que la estaba cortejando.



Las dos mujeres entraron en el comedor y la chica saludó a su pretendiente con una sonrisa. Ese gesto hizo que las manos del conde se cerraran en dos puños y su mandíbula se tensara cuando sus dientes se apretaron con fuerza.

El cuarteto almorzó mientras el vizconde y Danielle conversaban sobre el incidente del baile con aquella joven casadera. El hombre se excusó por no haberla buscado entre el tumulto y la dama le quitó importancia.

Aunque su mente no tenía la misma opinión. Aún se preguntaba por qué el hombre no la había ayudado con la joven y, sin embargo, Leon, que no entendía cómo lo había escuchado sin estar en la sala, cogió a la chica para llevarla hasta el carruaje.

Había estado dándole vueltas en la cabeza durante la mitad de la noche (la otra mitad había

estado recordando la sensación que había experimentado en los brazos del conde cuando casi se cae del carruaje) y había llegado a la conclusión, o más bien la impresión, de que el vizconde no estaba siendo del todo sincero. Le ocultaba algo y no entendía por qué. ¿Qué podía ganar ocultando lo que fuera que no tenía pensado decirle?

—¿Señorita Harrelson? —la llamó Lord Bunton—. ¿Le apetece acompañarme al baile de esta noche? Me han comentado que es uno de los mejores de toda la temporada en Yndral.

—Por supuesto, milord.

—Fantástico. La recogeré a las nueve.

Danielle asintió dedicándole una sonrisa y miró hacia el té al que estaba dando vueltas con la cucharilla para disolver el azucarillo. “¿Cuándo me han servido la taza?”, se preguntó asombrada por no haberse dado cuenta. Se había quedado ensimismada en sus pensamientos y no recordaba ni haber comido.

El vizconde se levantó de la silla, hizo una leve reverencia de despedida y se marchó contento por la aceptación de la joven.

—¿Te gusta? —preguntó la voz irreconocible de Leon clavando sus ojos en la chica y con el rostro pétreo, como una estatua.

Danielle alzó la vista hacia él, parpadeando desconcertada.

—¿Disculpa? —se excusó sin haber entendido la cuestión que le había planteado.

—¿Te gusta? —repitió él con un gruñido bajo saliendo de su garganta.

—No me desagrada. Me gustaría conocerle un poco más antes de responder a esa pregunta.

—Deberías saber que no me fio de él. Hay algo que me dice que tenga cuidado y si hago caso de las habladurías, mi intuición no va desencaminada.

—¿Qué has escuchado, hijo? —quiso saber Mirena poniendo mucha atención. Debía estar informada de todo para contárselo a Gabrielle en cuanto llegara.

—Que estará arruinado si no se casa con una dama que posea una muy buena dote —respondió Leon sin apartar la mirada de la joven.

—Si es así, está perdiendo el tiempo conmigo. Nadie conoce la cuantía de mi dote, así que no es probable que él la conozca —comentó la muchacha dando un sorbo al té que se le había quedado frío.

—Incorrecto. Hay dos personas que sí la conocen.

—¿Te refieres a vosotros? —interrogó Danielle mirando al conde y, después, a la condesa viuda.

—No. Yo no tenía idea de que buscabas marido y mi madre tampoco, aunque ahora, sí la sé. Esas personas me lo confirmaron cuando les pregunté.

—¿Quiénes son, hijo? —inquirió su madre con curiosidad.

—El señor y la señora Mansfield. Daven se lo dijo cuando tú decidiste buscar marido, hace unos años.

—Debo suponer que es una gran cuantía cuando me estás diciendo lo del vizconde, ¿no? —espetó la chica conteniendo el enfado—. Y debo suponer también que ese hombre solo me corteja por mi dote, ¿verdad?

—Creo que ese es su principal interés, teniendo en cuenta que se quedará sin hogar si no subsana cuanto antes sus deudas.

—Al menos él hará algo para subsanar sus propias deudas, no es un pequeño crío al que se lo dan todo hecho, listo para que no deba preocuparse por nada, solo de vivir —escupió la joven mirándolo furiosa.

—Si lo piensas bien, será tu hermano, el mismo que se encargó de las deudas de mi padre, el que también resolverá la falta de fondos de tu pretendiente. ¿De dónde crees que saldrá tu dote? —la interrogó con los dientes apretados por la ira.

Danielle abrió la boca para protestar, pero la cerró cuando se dio cuenta de que él tenía razón. Dejó salir un gruñido de su garganta, dio un golpe en la mesa cuando se levantó enfadada y se marchó del comedor, subiendo las escaleras con fuertes zapatazos.

Mirena miró a su hijo desaprobando su comportamiento.

—Deberías disculparte con ella —le dijo dando un sorbo al té.

—Ella empezó —contestó él fulminando a su madre con la mirada.

—Sí, pero debiste terminar antes de decir lo que has dicho.

Leon se levantó de un salto de la silla, cruzó el comedor en dos zancadas y salió de la casa por la puerta del despacho para adentrarse en el bosque que rodeaba las tierras del barón.

La condesa suspiró con cansancio y alzó la mirada al techo para pedir que Gabrielle llegara de un momento a otro, lo más rápido que le fuera posible.



Ya eran las nueve en punto de la noche cuando el vizconde llamó a la puerta para recoger a la señorita Harrelson e ir al baile de la señora Dawson.

Grissom le dio la bienvenida y vio a las mujeres bajando las escaleras de mármol blanco. Parecían dos ángeles caídos del cielo de lo hermosas que estaban.

Saludaron al hombre con una sonrisa y una leve reverencia.

—¿El conde no se une a nosotros? —preguntó el hombre sorprendido de no verlo al pie de la escalera.

—Ya ha salido hacia allí. Me dijo que alguien lo esperaba. Nos encontraremos en el salón de baile —respondió Mirena poniendo rumbo hacia el carruaje y llevándose con ella a la joven.

Entraron en la casa de la anfitriona unos minutos más tarde, la saludaron agradeciendo la invitación y el vizconde sacó a bailar a Danielle.

Daban vueltas y vueltas alrededor de la pista, al compás de la música del vals que tocaban los músicos, y los ojos de la muchacha divisaron al conde, al otro lado de la sala, conversando con una dama casadera. Sus labios dibujaron una línea cuando el hombre apoyó una mano en la pared, al lado de la cabeza dorada de la joven, y se inclinó hasta su oído haciendo que la señorita se sonrojara.

La señorita Harrelson contuvo el gruñido que se le había atascado en la garganta y apretó con fuerza la mano del vizconde, evitando saltar por encima de las cabezas de los bailarines para arrancar la de la muchacha.

Respiró hondo, conteniendo el aire en sus pulmones durante unos segundos y soltándolo despacio para tranquilizarse.

—Señorita Harrelson, ¿se encuentra bien? —escuchó a lo lejos la voz de lord Bunton.

—¿Por qué lo dice?

—Nunca he conocido a una dama con la fuerza suficiente como para que mi mano se resienta de dolor —respondió el hombre señalando con la cabeza sus manos alzadas y enlazadas.

Danielle se disculpó y le sugirió salir a la terraza para tomar el aire.

Desocuparon la pista de baile y la brisa del exterior les dio la bienvenida. Bajaron la escalinata y pasearon por el jardín, sin alejarse de donde Mirena pudiera verles.

—Creo que esta noche está siendo una de las mejores de mi vida —confesó él parándose

delante de ella para agarrar sus manos enguantadas y llevarlas a su pecho—. ¿Siente los latidos de mi corazón? —Danielle asintió—. Late por usted. Usted me da la vida.

Los ojos de la chica se abrieron sorprendidos y aterrados a la vez. Nunca le habían dicho algo así en todos los años (y eran muchos) que tenía de vida. Sin embargo, el contacto con el vizconde no le provocaba nada. Ningún cosquilleo, ningún hormigueo, ningún estremecimiento y, mucho menos, ningún temblor de piernas.

La joven se deshizo del agarre del hombre con disimulo, le dedicó una leve sonrisa y le dijo:
—Deberíamos volver. La condesa estará preocupada por mí.

Dieron media vuelta y regresaron al interior del salón de baile sin darse cuenta de que el conde los observaba desde un balcón de la primera planta.

Leon agarró con fuerza la barandilla de hierro forjado y la rompió sin piedad. Aquello ya estaba pasando de castaño a oscuro y no le gustaban nada esos sentimientos desconocidos para él.

Bueno, en realidad, no eran tan desconocidos. Ya los había sentido antes. El mismo día en que sus cuñados los habían salvado a él y a su madre de su padre y había descubierto que sus hermanas eran hadas del agua. Él también quería tener poderes sobrenaturales y su madre le había dicho que era imposible. En ese momento había sentido envidia y celos de sus hermanas.

“Celos”, pensó enfadado y formando dos puños en sus manos. “Maldición”.

—¿Conde? —lo llamó la joven que lo acompañaba en la estancia.

Giró la cabeza para mirarla y le dedicó una sonrisa lobuna al ver que aún no se había vestido. Caminó hacia ella con decisión, la agarró de la cintura y la besó con urgencia mientras la guiaba hacia el lecho de nuevo.



Una noche más, Danielle y Mirena regresaron a la casa sin la compañía de Leon, algo que a la chica le daba mucho para pensar. ¿Dónde estaba? O, mejor dicho, ¿con quién? Tal vez ya había encontrado a la candidata perfecta para ocupar el título de condesa de Draulen o, quizá, solo estaba en algún burdel divirtiéndose con la primera moza que se le pusiera delante. En cualquiera de los casos, no era una opción que le entusiasmara en demasía.

Se atavió con el camisón y se tumbó en la cama, esperando con paciencia y en silencio a que el joven llegara.

Los rayos del sol comenzaban a iluminar la habitación y Leon no había regresado. “¿Le habrá ocurrido algo?”, se preguntó preocupada. Estaba dispuesta a ir a buscarlo cuando Grissom le dio la bienvenida al conde. Éste subió y se metió en su dormitorio, dejándose caer en la cama con la ropa aún puesta.

Danielle suspiró aliviada y cerró los ojos para descansar todo el día hasta el siguiente baile de esa noche.

Capítulo 5

Er an las nueve de la mañana cuando alguien llamó a la puerta de la casa con suavidad. El mayordomo abrió y se sorprendió al ver a la visita. La dejó entrar para que pudiera ocultarse de los rayos del sol y cogió el sombrero, los guantes y la capa con una leve reverencia.

—Grissom, hazme el favor de llamar a lady Stainfield y dile que se reúna conmigo en el salón —le pidió la recién llegada.

—Enseguida, excelencia.

El mayordomo dejó los bártulos en el perchero del vestíbulo, subió las escaleras para llamar a la habitación de Mirena y le informó de la visita.

La mujer se levantó de un salto del baúl a los pies de la cama, se puso los zapatos y bajó corriendo al salón. No había tiempo que perder.

Al entrar en la estancia se abalanzó a los brazos de Gabrielle, aliviada y emocionada de que hubiera llegado tan rápido.

—Menos mal que estás aquí. Sentémonos, tengo mucho que contarte —le dijo la condesa guiándola al sofá.

—Debo decir que tu carta me ha preocupado. ¿Qué ocurre? —quiso saber la recién llegada con las manos de su amiga entre las suyas.

Mirena tragó con dificultad la congoja que tenía atascada en la garganta, cogió aire y le narró todo lo que había visto y sus sospechas.

Los ojos y la boca de la madre de Danielle se abrieron asombrados al comprender la preocupación de su amiga. Había hecho bien en acudir a ella. Desde ese mismo instante, ambas debían pensar en el mejor modo de proceder para que el dilema que tenían entre manos llegara a buen puerto.

—Pues, no tenemos tiempo que perder. ¿Cuánto queda para que acabe el trato que hiciste con tu hijo? —inquirió Gabrielle pensativa.

—Una semana, más o menos.

—De acuerdo. Pongámonos en marcha de inmediato.



Sonaron las ocho de la noche en el reloj del vestíbulo cuando Danielle salió de su habitación ataviada con un vestido celeste, y se disponía a ir hacia la escalera cuando Leon salió de su dormitorio, chocando con ella.

El brazo musculoso del joven rodeó la cintura de la chica, salvándola de posar el trasero en el suelo del pasillo, y la pegó a él como acto reflejo.

Los rostros de ambos estaban muy cerca, tan cerca que podían sentir el aliento del otro. Sus respiraciones se agitaron ante la proximidad y sus corazones latieron veloces.

La tentación de besarla, de tocar su piel blanca y suave como la seda y el deseo de tomarla allí mismo inundó cada recoveco del cuerpo del chico.

—¿Estás bien? —le preguntó a la muchacha con la voz ronca.

—Sí. Gracias por... evitar la caída —contestó intentando hacer llegar aire a sus pulmones.

La mano del hombre acarició la cintura de la joven por encima del vestido, sintiendo la perfecta curva del corsé y fastidiado por no poder arrancarlo como soñaba hacerlo desde hacía

varios días. Se acercó un poco más a los labios llenos de ella y los rozó suavemente con los suyos. Tenía la sensación de que, si la besaba, le correspondería.

El deseo estaba muy presente, incluso la tentación, cuando escucharon unos golpes en la puerta de entrada y la joven regresó del hechizo en el que había caído para correr escaleras abajo y recibir al vizconde con una sonrisa y una leve reverencia.

—Buenas noches, milord —lo saludó aún con la respiración alterada.

—¿Está lista para el baile?

—Por supuesto. Podemos irnos cuando quiera.

—Señorita Harrelson —la llamó Mirena saliendo del salón—, mire quién ha venido a visitarnos.

En cuanto la cabeza cobriza de su madre asomó por el hueco de la puerta abierta, sus ojos se inundaron de lágrimas y corrió hacia ella para abrazarla con fuerza.

—Mamá —sollozó al oído de su progenitora—. ¿Cuándo has llegado?

—Hace unos minutos. La señora Stainfield me escribió para decirme que estabas aquí y no he podido resistir venir a verte.

—¿Los demás también han venido?

—Me dejaron en el puerto y regresaron al mar. Tienen un trabajo que no pueden dejar sin hacer planes. Se encontrarán con nosotros unos días más tarde —explicó Gabrielle acariciando el rostro de su hija.

El vizconde se aclaró la garganta para captar la atención de las féminas y éstas lo miraron. Dieron unos pasos para acercarse a él, pero la presentación tuvo que esperar, ya que Leon bajó las escaleras a todo correr y cogió a la madre de la chica entre sus brazos, girando con ella.

—¡Cómo me alegro de verte! Qué sorpresa más maravillosa —gritó el conde con entusiasmo en su grave voz.

—Déjame ya en el suelo, me estás mareando. Yo también me alegro de verte. ¿Cuándo has crecido tanto? Ya superas a Daven. Está guapísimo, conde —le halagó la mujer haciendo una reverencia exagerada con una sonrisa traviesa en sus labios.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal. ¿Has pensado en casarte de nuevo? Más de uno estaría encantado de desposarte, un servidor el primero —contraatacó el chico besándole los nudillos enguantados y dedicándole un guiño de ojo y una sonrisa encantadora.

Un gruñido salió de la garganta de Danielle y tosió para disimularlo cuando todos los presentes la miraron. Se acercó al vizconde rodeando el brazo del hombre con su mano y le dijo a su madre:

—Mamá, te presento al señor Gideon Bunton, vizconde de Deusen. Milord, ella es la señora Gabrielle Harrelson, duquesa viuda de Shania y baronesa de Yndral.

—Un placer conocerla —apuntó el chico con una reverencia cortés.

—El placer es mío, lord Bunton. Debo suponer que ha venido para acompañarnos al baile de esta noche, ¿cierto?

—Efectivamente. Sería un honor llevarlas en mi carruaje.

—Maravilloso. De todas formas, llevaremos también el nuestro. Es posible que Mirena y yo regresemos antes para dejar que la juventud se divierta cuanto quiera —expuso la mujer agarrándose al brazo del conde para salir de la casa antes que el vizconde y su hija.

La pareja los siguió y pusieron rumbo hacia el baile cuando estuvieron sentados en el interior del carro.

Minutos después, entraron en el salón de baile de los anfitriones por aquella noche, los

saludaron y se dispersaron. El vizconde y Danielle se fueron hacia la pista de baile. Mirena y Gabrielle rodearon a los bailarines para llegar a unas sillas cercanas a la puerta que daba a la terraza. Y el conde se dirigió hacia la primera joven que divisó para danzar y controlar a la señorita Harrelson más de cerca.

Aunque no dejaban de dar vueltas y más vueltas al ritmo de la música, la chica tenía presente en todo momento la mirada de Leon clavada en ella.

Lo ignoraba. Intentaba mantener toda su atención en su pareja de baile y se rio cuando el vizconde dijo algo sobre un gato y un ratón. Qué curioso. Así se sentía ella en ese instante, un ratón que esperaba aterrorizado a que el gato se abalanzara sobre él.

De repente, y como si algo la avisara de su ausencia, buscó al conde entre la multitud y no lo encontró. ¿A dónde se había ido? Sospechaba que no le gustaría nada la respuesta.

—Milord, ¿le importa si damos un paseo por el jardín? —le preguntó con la voz más dulce que pudo reunir cuando por dentro se estaba muriendo de rabia.

—Voy a donde quiera llevarme. Soy su siervo, señorita Harrelson.

La chica le dedicó una sonrisa agradecida y lo guio hacia el exterior. Además de necesitar tomar el aire, quería confirmar lo que su mente le gritaba: “No está solo y lo sabes”.

Caminaron lentamente por los caminos de piedra del jardín dispuestos para que no pisaran el césped o las flores cercanas, y los ojos de la chica escrutaron cada recoveco. Sabía que aquella insistencia de verlo con las manos en la masa no era muy buena idea, mas no podía evitarlo. Sus piernas parecían pensar por sí solas y sabía que la llevaban a la destrucción de su corazón.

Estaba segura de ello y al escuchar una risita encantada se lo confirmó.

Miró hacia un árbol lejano, escondido entre las sombras, y allí estaba.

La chica enredaba sus dedos en el pelo rubio del conde mientras éste le besaba el cuello y le acariciaba el pecho por encima del vestido.

La mandíbula de Danielle se tensó, sus dientes se apretaron temiendo rompérselos y su mano formó un puño a su costado.

—Creo que deberíamos regresar —sugirió la joven intentando mantener el control de su voz a raya.

Dieron media vuelta y entraron en el salón, pasando por al lado de Mirena y Gabrielle que lo había visto todo desde la distancia.

—Esto tiene que cambiar a nuestro favor —susurró Gabrielle al oído de su amiga cuando su hija se dirigió a la pista de baile otra vez—. Búscalos.

La condesa asintió con solemnidad, se levantó de la silla despacio para no levantar sospechas y salió al jardín para llamar a su hijo como si ignorara dónde podría encontrarse.

La duquesa, por su parte, llevó a su hija al tocador disculpándose con el vizconde y preguntó sin rodeos:

—Hija, ¿estás enamorada de ese hombre? —Danielle la miró sorprendida y desconcertada por aquella pregunta. Abrió la boca para contestar, pero su madre la interrumpió—. Sé sincera.

La chica lo pensó durante unos segundos y negó con la cabeza. Sus ojos se humedecieron, abrazó a su madre y dejó salir las lágrimas. Hacía muchos años que no lloraba de aquella manera.

—Tranquila, cálmate. Arreglaremos tu corazón para que escoja al hombre indicado para ti —le dijo su madre sin dejar de abrazarla.

—No se puede arreglar, mamá. Está defectuoso —sollozó la muchacha.

—¿Defectuoso? ¿Crees que no funciona como es debido porque se ha enamorado de alguien que, por ser quién es, no tendría que gustarte?

Aquella respuesta hizo que la joven se irguiera en su altura para mirar el rostro sonriente de su progenitora con el ceño fruncido. “Lo sabe”, pensó viendo la certeza en los ojos verdes de su madre.

—No debería sentirme atraída precisamente por él.

—Cariño, en el corazón no se manda y si él es el elegido es porque el destino lo puso en tu camino por alguna razón. ¿Cuál? Tendrás que averiguarlo.

—Pero...

—Sin peros. Recuerda lo que siempre os decía vuestro padre.

La sola mención de su progenitor hizo temblar el labio inferior de la joven para volver a empezar a llorar.

—“No te lamentes por lo que no tienes. Lucha por tenerlo y no desistas hasta conseguirlo” — citó la chica enjugándose las lágrimas con un pañuelo que le entregó su madre, asintiéndole.

—Ahora, componte y sal para conseguir lo que deseas tener.

Danielle se sorbió la nariz, respiró hondo un par de veces y se dirigió al salón de baile.

Leon ya estaba en el interior de la estancia, al lado de su madre, con los brazos cruzados a la altura del pecho y el rostro serio. Parecía enfadado mientras sus ojos observaban todo a su alrededor como si buscara a alguien.

Las dos mujeres Harrelson se acercaron al conde y la condesa con una sonrisa. La joven abrió la boca para hablar, pero no pudo decir nada porque el vizconde la arrastró a la pista de baile con entusiasmo.

Gabrielle fulminó con la mirada al entrometido e inoportuno hombre.

—Se está tomando demasiadas licencias este vizconde, ¿no? —inquirió con un gruñido.

—No puede darse el lujo de perder más tiempo —contestó Leon con los dientes apretados.

—¿Por qué?

—Está a punto de perderlo todo, a menos que se case con una dama con una dote sustanciosa.

—¿Sabe cuál es la dote de mi hija? —interrogó con sorpresa.

—Sí. Se lo sonsacó con mucho vino al señor Mansfield.

—Desde que lo vi no me dio buena espina, pero ahora me lo estás confirmando. Hay que alejarlo de ella —sentenció la mujer empujando al conde hacia la pista—. Baila con ella para que pueda tener una charla con el vizconde.

—Pero ¿no nos íbamos? —se quejó sin poder zafarse del agarre de la mujer—. Qué fuerza tienes.

—He cambiado de opinión, hijo. Esto es más importante —casi le gritó su madre siguiéndolos.

—Qué oportuno —murmuró no creyéndose ni una palabra.

—Disculpe, lord Bunton. ¿Podríamos hablar un momento? El conde acompañará a mi hija en su lugar —lo llamó Gabrielle apartándolo de su hija para acercarse a Leon.

—Eh... sí, claro —dudó el vizconde observando confundido la escena.

Las dos madres lo llevaron hasta el rincón más alejado de la pista de baile y el conde le hizo una leve reverencia a la chica ofreciéndole la mano.

Danielle la cogió sin pensarlo dos veces, le dedicó una sonrisa y comenzaron a bailar.

—¿Qué tal tu noche? —le preguntó al joven con la voz más dulce que jamás había usado.

—Nada mal. He conocido a una muchacha muy capaz de llegar a ser una gran condesa.

La sonrisa de Danielle se desvaneció al instante y tragó la congoja que se le había quedado atascada en la garganta.

—Así que..., ¿la ves como una... candidata al título? —las palabras se le atragantaban.

—Yo diría que sí. Mi madre por fin podrá liberarse de los bailes y de las otras madres.

La mandíbula de la chica se tensó al apretar los dientes, su respiración se agitó y lo alejó de un empujón para salir corriendo por la puerta del jardín.

El conde se quedó desconcertado, petrificado en el sitio sin comprender lo que había ocurrido en solo unos segundos. Miró hacia el jardín, se abrió paso entre los bailarines y la buscó con la mirada. Bajó las escalinatas y la llamó cuando estaba lejos del ruido proveniente del salón.

—¡Danielle!

“Maldición”, blasfemó rompiendo la parte superior del seto con forma de muñeco de nieve con su propia mano.

Regresó al salón, se acercó a su madre y a Gabrielle, las cogió de los codos y las guio a la salida gruñendo un “vámonos”.

Las mujeres subieron al carruaje y le pidieron explicaciones por su comportamiento tan extraño y descortés.

—Se ha ido —dijo sin extenderse.

—¿Por qué? ¿A dónde?

—No tengo idea. Estábamos bailando y conversando cuando me ha empujado y se ha marchado.

—¿Le has dicho algo que haya podido enfadarla u ofenderla?

—Que yo sepa, no.

—¿De qué hablabais? —quiso saber Mirena extrañada por la huida de la joven.

—Le he contado que posiblemente haya encontrado a una dama capaz de ser una gran condesa —dijo él sin darle importancia.

Las bocas de las mujeres se abrieron sorprendidas y, sin previo aviso, le dieron una palmada en los muslos, regañándolo.

—¿Cómo se te ocurre decirle eso, idiota?! —le gritaron al unísono dejándolo sordo y sin poder escapar del carruaje.

—¡Ay! ¿Qué he hecho? ¿No se supone que tengo que buscar una esposa? Os digo que la he encontrado y me pegáis. No hay quien os entienda —se quejó él refregándose los muslos doloridos con las palmas de las manos.

—Definitivamente los hombres no os enteráis de nada —comentó Mirena bajo el asentimiento de su amiga.

—¿Es posible que, por una vez en la vida, me habléis con claridad? —les pidió prestando atención para no perder ningún detalle.

—¿Quieres claridad? Muy bien. Mi hija está enamorada de ti. ¿Te lo he dicho suficientemente claro? —escupió Gabrielle con sorna.

El rostro del conde se descompuso ante aquella respuesta inesperada. Se había quedado petrificado, perplejo y mudo. No sabía qué decir y, mucho menos, qué hacer con esa información.

“¡Por los dioses!”, exclamó en su pensamiento.

—¿Eso... eso es... es... verdad? —fue lo único que pudo preguntar y con dificultad.

—¿Por qué íbamos a mentirte en algo así? —inquirió Gabrielle poniendo los ojos en blanco.

Leon empezó a mover la boca como un pez fuera del agua, intentando decir algo, sin conseguirlo.

El carruaje paró en la puerta de la casa del barón y el conde salió como una exhalación hacia las escaleras del vestíbulo. La subió en un segundo y abrió la puerta de la habitación de la chica sin llamar.

No estaba allí.

—¡Grissom! —gritó bajando de prisa—. ¿Has visto llegar a la señorita Harrelson?

—No, señor.

—¿A dónde ha podido ir? —preguntó clavando su mirada en Gabrielle.

—A cualquier sitio. Puede haber regresado al trabajo, o haber ido al puerto, o tal vez, al lago que hay en el bosque. Está donde esté, no la encontraremos si ella no quiere ser hallada —contestó la mujer con pena.

—Probaré suerte.

El joven salió de la casa y puso rumbo al puerto con el carruaje. Era una forma de viajar lenta, pero segura.

Mirena miró a su amiga y la interrogó:

—¿Crees que la encontrará?

—Como ya he dicho, solo si ella quiere ser hallada. Es muy buena escondiéndose y nadie se da cuenta de su presencia si no quiere.

—Espero que haga una excepción esta vez.

Capítulo 6

Danielle apareció en la superficie, en el embarcadero del puerto, y salió del agua con precaución de que nadie la viera. Caminó escondida entre las sombras de la noche y corrió hasta la ventana de su habitación en la casa del barón de Yndral, su hermano a la vez. Se agachó y se impulsó hasta el alféizar. Abrió el cristal y entró con mucho sigilo al comprobar que estaba vacía. Se dirigió al baúl, a los pies de la cama, y sacó su arco con el carcaj y su espada. Se puso unos pantalones de cintura alta, una camisa que le quedaba grande y saltó fuera de la estancia para correr un segundo después hacia el lago que se encontraba en un claro del bosque que circundaba las tierras de su hermano.

Aún era de madrugada y decidió practicar con sus armas un buen rato.

Manejaba la espada con destreza y agilidad mientras rodeaba, dando tajos, a un pobre roble que descansaba en el lugar equivocado.

Cuando los brazos comenzaron a arderle por el cansancio, soltó la espada y se dispuso a practicar su puntería con el arco y las flechas que lanzó al mismo pobre árbol.

Al sentir que ya sus músculos se resentían de dolor, soltó el proyectil en la hierba con la respiración agitada, cogió aire para llenar sus pulmones y se desvistió encaminándose hacia el lago. Se tiró de cabeza al agua fría y nadó dejando que sus músculos se calmaran por el entrenamiento.

Se quedó quieta, flotando bocarriba en el agua, mirando el cielo encapotado del que no se había percatado antes. Cerró los ojos y esperó a que el líquido azul verdoso la curara.



El día había amanecido nublado. Leon estaba mirando por la ventana del salón con la esperanza de que Danielle se dignara a aparecer de un momento a otro.

Habían pasado dos días desde su marcha y había recorrido el país de norte a sur y de este a oeste buscándola, pero sin resultados. La chica sabía esconderse demasiado bien gracias a su entrenamiento para ocupar el lugar de su madre como uno de los generales de la alcaldesa de los vampiros acuáticos.

Se bebió el último sorbo de coñac que quedaba en el vaso, lo dejó encima de una mesita con demasiada fuerza y salió de la casa corriendo hacia el bosque.

Necesitaba tomar aire fresco y tranquilizarse antes de cometer alguna locura que tendría unas consecuencias nefastas para su vida.

Corrió a toda velocidad, esquivando árboles, setos y todo lo que se interpusiera en su camino hasta llegar al claro en el que se encontraba la extensa masa de agua.

Sus ojos captaron algo tirado en la hierba, se acercó cauteloso y vio que era una espada, un arco con el carcaj vacío y prendas de vestir. Cogió la camisa blanca, se la llevó a la nariz para olfatearla y sus ojos se abrieron por la sorpresa. Conocía ese olor a rosas. Levantó la cabeza para mirar a su alrededor y la vio. Estaba dentro del lago, flotando bocarriba y con los ojos cerrados.

Una leve sonrisa pícaro curvó sus comisuras, cogió todas las prendas y se sentó en una roca cercana a la orilla. Dejó la ropa detrás de él y dijo:

—¿Dónde has estado?

Danielle abrió los ojos al reconocer la voz, sumergió el cuerpo en el agua y clavó su mirada en

él con furia.

—No tengo que darte explicaciones de mis actos —contestó con sequedad.

—Es posible que no, pero podrías haber avisado a tu madre para que no se preocupara.

—Mi madre sabe perfectamente que estoy bien.

—Te he estado buscando —confesó el chico con la voz más suave que podía articular.

—¿No tenías nada mejor que hacer? —le preguntó con sorna.

—Lo cierto es que no. Estaba preocupado por ti.

—¿Te ha quedado tiempo para preocuparte por mí después de cortejar a tu futura esposa?

Caray, eres estupendo organizando tu tiempo.

La mandíbula del conde se tensó al apretar los dientes, se levantó de la roca y empezó a desvestirse.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —lo interrogó la chica mirando hacia otro lado.

—Tengo ganas de darme un baño —respondió encogiéndose de hombros.

—¡Espérate a que yo salga, desvergonzado! —le gritó nadando hacia la orilla con la mirada aún desviada hacia los árboles.

No recibió ninguna respuesta por parte de él ni escuchó el chapoteo que le indicara que ya estaba en el agua. Continuó nadando y sintió que algo la cogía del pie, y tiraba de ella hacia atrás y hacia abajo, sumergiéndola.

Las manos del hombre soltaron el pie de ella para agarrarla por la cintura y pegar su cuerpo desnudo al de él. Su entrepierna reaccionó al instante, deseosa de reclamar aquel cuerpo femenino que reconocía de alguna vida pasada (si es que eso era posible).

—¡Por los dioses, te has vuelto loco! —exclamó la muchacha sintiendo el cuerpo masculino en todo su apogeo y asustándose cuando el suyo despertó de inmediato.

Su piel parecía recordar sus caricias como si ya las hubiera experimentado con mucha anterioridad.

La respiración de ambos se agitó, sus corazones latieron velozmente y sus labios se humedecieron cuando, inconscientemente, los dos se pasaron la lengua por ellos.

La atracción ya no podía evitarse por más que sus cabezas dijeran que no era buena idea.

La mano del chico agarró con fuerza la nuca de la joven y posó su boca en la de ella con urgencia.

Todo su ser clamaba por tenerla, incluida su alma. Sentía que había llegado a casa después de mucho tiempo ausente.

Algo dentro de la chica tomó el control de su cuerpo y respondió al beso del joven con la misma urgencia que él. Rodeó su cintura con las piernas, sintiendo la entrepierna dura del conde en la entrada de su placer.

Ninguno podía parar ante todas aquellas emociones que les recorría desde la cabeza a los pies.

Leon la levantó un poco y la penetró sin darle tiempo a replicar, aunque ella no parecía tener la intención de quejarse, salvo por el pequeño gemido que salió de su garganta seguido de un jadeo que lo excitó aún más.

Caminó hacia la orilla sin salir de su interior, la tumbó en la hierba con cuidado y comenzó a moverse para que ambos encontraran el placer.

Danielle arqueó la espalda al llegar al clímax al mismo tiempo que él. El conde se apoyó en los codos para no aplastarla y la observó con una sonrisa en los labios.

—¿Qué ha pasado... con tu futura condesa? —le inquirió ella descolocándolo.

—¡Por los dioses, mujer! No voy a cortejar a ninguna dama, excepto a ti —exclamó él con un

gruñido.

—Me dijiste que...

—Olvida lo que dije. Fue un pésimo comentario llevado por los celos.

—¿Celos?

—Sí, celos. Estaba celoso del vizconde. Ya lo he dicho —confesó separándose de ella y ataviándose con el pantalón.

—Caray. ¿Quieres que te sea sincera?

—Sí, por favor —le pidió apoyando el trasero en la roca de la orilla y cruzando los brazos a la altura del pecho.

—Los celos también fueron los responsables de mi desaparición. Supongo que pensé dejarte espacio para que te prometieras con esa chica y, así, quedar libre de tu hechizo.

—¿Y qué ibas a hacer después de liberarte del hechizo? —quiso saber él, aunque tenía el presentimiento de que no le gustaría la respuesta.

—Aceptaría la propuesta de matrimonio del vizconde. Bueno, suponiendo que me lo propusiera, claro.

—Por encima de mi cadáver —sentenció él entre dientes—. Y ya que hemos dejado claro que no vas a ver más a ese hombre, me gustaría saber dónde has estado estos dos días.

—En el mar. Despejándome y aclarando mis ideas, aunque acabas de derribarlas todas en un momento con tanto beso.

—Gracias por el cumplido —contestó con una sonrisa y acercándose a ella para acucillarse y dejarle un beso en la boca.

El cielo gris se iluminó con un relámpago y el rugido de un trueno se escuchó en el silencio del bosque segundos después.

—Creo que será mejor que nos marchemos —dijo ella levantándose para ir a donde había dejado la ropa, pero no estaba—. ¿Y mi ropa? —preguntó mirando al único sospechoso.

El joven hizo un movimiento con la cabeza para señalar la roca y ella se dirigió hacia allí para vestirse.

Leon se puso la camisa, sin abrochársela, cogió las armas de la muchacha y agarró su mano para que no volviera a escapársele. Le dejó un beso en los labios y, estaba a punto de emprender el camino de vuelta, cuando sintió que alguien los observaba, escondido en el bosque.

Sus ojos escudriñaron todo el linde y frunció el ceño mientras desenvainaba la espada.

—¿Qué ocurre? —inquirió Danielle preocupada.

—Alguien nos observa —susurró preparándose para atacar al intruso.

Estaba concentrado en protegerla cuando escuchó que ella se reía. La miró furioso y arqueó las cejas pidiéndole una explicación por su descortesía.

—No te preocupes. No nos hará daño. Buenos días, Drys —saludó la chica mirando hacia un roble cercano.

Una hermosa joven de rasgos delicados, orejas puntiagudas, pelo verde largo, ojos violetas y piel bronceada salió del interior del tronco del árbol y les dedicó una sonrisa tímida.

—Me alegro que os hayáis vuelto a encontrar después de tanto tiempo —dijo la chica con la voz dulce y casi en un susurro.

—Bueno, dos días tampoco es mucho —apuntó Danielle.

—No hablo de eso, sino de lo que fuisteis en una vida anterior.

—¿Qué quieres decir? —interrogó el hombre con los ojos entrecerrados, desconfiado.

—Hace casi ciento veinte años, una pareja se suicidó en este lago. Se juraron amor eterno y

prometieron encontrarse en todas las vidas que vivieran después de esa. Sus almas están en vuestro interior, felices por haberse reencontrado en una nueva vida —explicó Drys despacio para que entendieran cada palabra.

—¿Es una bruja? —susurró el chico en el oído de su pareja.

—No, es una dríada. Al nacer está ligada a un árbol del que no puede alejarse o podría morir. Su longevidad es la misma que la del árbol y, al parecer, ella ha vivido bastante para ver a esa pareja y a nosotros —lo instruyó la chica intentando asimilar lo que la dríada le había contado—. Drys, ¿qué ocurrió en otras vidas? ¿Se encontraron más veces?

—No. La primera vez que te vi nadando en el lago supe que la mujer que murió vivía dentro de ti, esperando a su amor. Sin embargo, nunca he visto al hombre aparecer por aquí. Supongo que estaba buscando el cuerpo idóneo para llevar a cabo su promesa. Ahora, por vuestra condición, sus almas estarán juntas para siempre y para toda la eternidad.

Aquella respuesta había dejado a Danielle confundida, más de lo que ya estaba, por lo que inquirió:

—¿Nuestra condición?

—Sois de la misma especie —comentó la dríada.

—Estás equivocada. Él es humano.

—No —apuntó Leon clavando su mirada celeste en ella—. Hemos estado mucho tiempo sin vernos.

—¿Qué me he perdido? ¿Qué eres? —preguntó perpleja.

—A los veintiún años fui a ver al rey de los vampiros con tus hermanos. Me convirtió.

—¿Eres un vampiro acuático? —la voz le salió con un grito ahogado.

—Sí, soy vampiro, pero no acuático, sino terrano.

—¡Por los dioses! Estoy perdiendo facultades. No me he dado cuenta de nada.

—Soy muy discreto.

—Te saliste con la tuya y no cambiaste de opinión en tantos años. Es admirable.

—Gracias. Así que, las almas de la pareja que se suicidó está dentro de nosotros, ¿no? Entonces, ¿mis sentimientos por ella realmente son los de ese hombre?

—Sí y no. Tus sentimientos son de verdad solo que son más fuertes por los de él. Los dos están mezclados —respondió Drys.

—Eso me deja más tranquilo.

—Estabais destinados a estar juntos para siempre y para la eternidad. Me alegro de que la búsqueda haya acabado.

—Te agradecemos la información, amiga —le dijo Danielle dedicándole una gran sonrisa.

La dríada hizo una leve reverencia y desapareció en el interior del árbol.



El conde clavó su mirada en el rostro de la chica, le dejó un beso en los labios y emprendieron el camino hacia la casa antes de que la tormenta cayera sobre ellos.

Gabrielle y Mirena estaban sentadas en el salón, charlando y bordando cuando escucharon unas risas provenientes del despacho. Alzaron la cabeza para mirarse y dibujaron una sonrisa en sus labios al saber quiénes eran.

—¡Buenos días! —los saludaron ambas antes de que subieran las escaleras del vestíbulo.

La pareja se asomó al salón con una sonrisa traviesa en sus bocas y cogidos de la mano.

—Veo que la has encontrado —apuntó Gabrielle volviendo su atención al bordado.

—Menuda semanita me habéis dado con tanto devenir —se quejó Mirena—. Por vuestras manos enlazadas debemos suponer que habrá boda pronto, ¿verdad?

Los tortolitos asintieron y Leon le dejó un rápido beso en los labios a la chica.

—Yo creo que eso lo confirma todo aún más —añadió Gabrielle llena de felicidad—. Está bien. Ya podéis iros, pero por favor, no hagáis mucho ruido.

Los jóvenes hicieron una leve reverencia con la cabeza y salieron corriendo escaleras arriba para entrar en la habitación.

—Les irá muy bien y nosotras tendremos más nietos a los que malcriar —dijo Mirena riendo con picardía.



La lluvia caía en el exterior con intensidad. El baile de esa noche se había pospuesto para mañana y la pareja lo había recibido como una gran noticia.

La noche ya empezaba a caer, o lo haría si el cielo se despejase, y los tortolitos no habían salido de la habitación ni para comer.

Abrazados en la cama, la chica miró hacia la ventana y observó las gotas de agua que se deslizaban por el cristal.

—¿Te puedo hacer una pregunta un poco indiscreta? —habló Leon acariciando el hombro desnudo de ella.

—¿Cuál?

—¿Cuántos años tienes?

La muchacha alzó la cabeza del pecho de él para mirarlo con las cejas arqueadas por el asombro.

—Eso no se le pregunta a una dama, milord —respondió ella sonriendo.

—Por eso he dicho que era una pregunta un poco indiscreta —recalcó el hombre.

—¿Cuántos me echas?

—Eso no es justo. Tu apariencia no concuerda con tu edad.

—No estoy segura de que eso sea un cumplido —dijo pensativa.

—Dímelo, por favor. Voy a ser tu marido, tengo derecho a saberlo —le pidió rodando para atraparla entre su cuerpo y el colchón.

—Ciento diecisiete.

—¡Por los dioses, voy a casarme con una vieja decrepita! —exclamó el chico con dramatismo.

—Y yo con un crío. Eso es peor.

—¿Peor? Estoy en la flor de la juventud, señorita Harrelson, además, se lleva al soltero de oro de la temporada. Eso es todo un honor.

—Seguro que sí, milord.

—Muchas damas querrían estar en tu lugar.

—No me cabe la menor duda, pero... —rodó para quedar encima de él, sentada a horcajadas y reteniéndole las manos a los lados de la cabeza con las suyas—, he ganado yo —lo besó sin soltarle las manos.

Leon gruñó con frustración y no le quedó más remedio que dejarla llevar la voz cantante, aunque fuera por una vez.

La muchacha se movió con destreza encima de él, subiendo y bajando cuando se empaló en su erección. Gemía, jadeaba, lo lamía, lo besaba y lo dejaba expuesto a su merced para que hiciera lo que le viniera en gana.

Danielle arqueó la espalda dejando libres las manos del hombre y llegó al clímax cuando el conde se incorporó para coger el pezón en su boca y morderlo al derramarse en ella.

—No hubiera soportado tener que esperar por ti otros ciento veinte años más —susurró el hombre con la voz ronca y acariciando cada recoveco de piel que ella no le había dejado antes.

—Yo tampoco. Te buscaría por cielo, mar y tierra. No pararía hasta encontrarte. Soy muy tozuda.

—Si no lo fueras me decepcionarías —el conde enmarcó el rostro de la joven entre sus manos, la miró fijamente a los ojos y dijo con claridad y convicción—: Te amo.

—Te amo.

Se enzarzaron en una nueva batalla de besos hasta que cayeron dormidos agotados, exhaustos y satisfechos.

Capítulo 7

La pareja se despertó al escuchar cómo alguien llamaba a la puerta de entrada con bastante insistencia. Alzaron la cabeza para escuchar con atención y Leon puso los ojos en blanco al oír la voz del vizconde.

—Qué hombre más pesado —se quejó apoyando de nuevo la cabeza en la almohada.

—¿Ha venido mientras estaba ausente? —quiso saber la chica acariciando el pecho desnudo de él.

—Por supuesto. No puede dejar escapar a su salvadora —contestó con sarcasmo.

—¿Salvadora?

—Tu dote salvaría su casa. Aunque... —pensó unos segundos y una sonrisa malvada se le formó en la boca—. Vamos, quiero ver la cara que se le queda cuando sepa que ha perdido su oportunidad.

El hombre se levantó de un salto de la cama, se atavió con unos pantalones y una camisa, cogió la mano de la chica y bajó las escaleras del vestíbulo con una sonrisa de oreja a oreja que se ensanchó aún más al ver cómo los ojos del vizconde se abrían por la sorpresa.

—Señorita Harrelson, me alegra que haya decidido regresar —comentó Gideon con una leve reverencia.

—Gracias. Yo también me alegro —respondió la chica agarrada a la mano del conde.

—¿Qué le trae por aquí? —inquirió Leon sin dejar de sonreír.

—Saber el paradero de la señorita e invitarla a que asista conmigo al baile de esta noche.

—Iremos al baile, pero no en su compañía. Como puede comprobar, la señorita y yo estamos prometidos —le informó el conde disfrutando del rostro molesto del hombre.

—Tenía entendido que solo eran buenos amigos, desde hace tiempo.

—Y lo somos, además de prometidos desde ayer.

—De acuerdo. Solo me queda felicitarlos, entonces. Que sean muy felices —les deseó el vizconde intentando parecer amable y considerado, aunque sin lograrlo.

La pareja sabía con certeza que Gideon no estaba para nada alegre con aquella noticia, pero no les quedaba más remedio que disimular.

La visita se despidió con una reverencia y se marchó.

El conde tiró de la mano de ella para levantarla del suelo entre sus brazos y subió a la habitación. Aprovecharía todo el día hasta que llegara la hora de prepararse para ir al baile de esa noche.



El carruaje paró en la puerta de la mansión de los señores Summers, los anfitriones de aquella noche, y sus ocupantes se apearon para entrar al salón de baile.

Todas las miradas de las damas se clavaron en el conde mientras los ojos de los hombres se posaban en Danielle. Unos murmullos llegaron hasta sus oídos y se sorprendieron. Los rumores corrían más rápido que el viento y parecía que ya se habían enterado del nuevo compromiso de la temporada.

—Veo que ya se han enterado de la nueva noticia —dijo el conde acallando los susurros al hablar—. Es cierto. La señorita Harrelson y yo estamos prometidos. Creo que este anillo en su

dedo acallará cualquier rumor que haya llegado a sus oídos. Por favor, continúen disfrutando de este espectacular baile que los señores Summers han organizado.

Las cabezas de todos los presentes se giraron y continuaron con lo que hacían antes de interrumpirse para observar a los recién llegados.

Danielle bajó la mirada hasta el anillo que Leon le había dado antes de salir de la habitación y se maravilló de nuevo al ver la esmeralda en el mismo centro del aro plateado flanqueado por un diamante a cada lado de la piedra preciosa.

—¿Señorita Harrelson? —la llamó el hombre con dulzura—. ¿Me concede este baile?

—Será un placer, milord.

Se posicionaron en la pista de baile y comenzaron a danzar, dando vueltas al ritmo del vals que los músicos tocaban.

—Estamos dando mucho de qué hablar —comentó el chico con una sonrisa.

—Me he dado cuenta. Ni que fuera la primera vez que alguien se compromete con otro alguien.

—Cierto, pero somos muy populares. Eso atrae a los curiosos.

—Curiosos. Querrás decir cotillas, ¿no? —le espetó con las cejas arqueadas.

—Eso es lo que he querido decir. Hay que decírselo a mis hermanas.

—Y a mis hermanos. Espero que puedan venir a la ceremonia.

—¿Cuánto tiempo crees que tendremos que esperar hasta que acepten las amonestaciones?

—Bueno, si quieres casarte por la iglesia, no tengo ni la más remota idea. En cambio, si quieres que nos case el alcalde de los terranos o la alcaldesa de los acuáticos, pasado mañana podríamos ser marido y mujer. Mis hermanos se desposaron así con tus hermanas —contestó la muchacha sin darle importancia al asunto hasta que vio el rostro desconcertado de él.

—¿Me estás diciendo que dentro de unos días podríamos casarnos? ¿Legalmente? —le inquirió el muchacho con la emoción subiendo hasta sus azules ojos.

—Legalmente. Son más rápidos que la iglesia.

—Tu alcaldesa o mi alcalde, ¿cuál prefieres?

—Me da igual mientras nos case —respondió la chica riendo encantada.

—Mandaré dos mensajeros, el primero que llegue nos casa.

—Me parece bien.



La fiesta continuaba en auge y los anfitriones habían hecho algo diferente cuando vieron que los invitados dejaban de bailar, cansados.

Los señores Summers anunciaron que los juegos comenzaban y todos se sorprendieron con aquel cambio.

Todas las parejas casadas se dispusieron en la pista de baile, hombres a la derecha y mujeres a la izquierda. Los anfitriones susurraron unos números en los oídos de los participantes, se quedaron en una de las esquinas con un pañuelo en alto y mencionaron un número. La mujer y el hombre que poseían ese número, corrieron hacia el pañuelo, uno lo cogió y huyó hasta la otra esquina, ganando así un punto para su equipo.

Danielle se reía con los demás, observando el juego desde el borde de la pista, al lado del conde. Se excusó un momento para ir al aseo y caminó por el pasillo aun sonriendo.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, erizándole los pelos de la nuca al sentir que alguien la observaba. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

El pasillo estaba iluminado por velas y totalmente desierto. Entró en el aseo, hizo lo que tenía

que hacer y salió para regresar al salón de baile.

Sin embargo, y casi sin darse cuenta, alguien la golpeó por la espalda, dejándole inconsciente y a merced de su atacante.

Leon miró el reloj de bolsillo que guardaba en su chaqueta y frunció el ceño, alzando la cabeza para mirar hacia el pasillo por donde su prometida había desaparecido para ir al excusado. Llevaba demasiado tiempo fuera y no era normal. Se inclinó hacia el oído de Gabrielle y le susurró:

—Danielle no ha regresado del aseo. ¿Te importaría ir a echar un vistazo?

La mujer asintió, se encaminó al lugar y comprendió que algo no iba bien cuando no encontró a su hija por ningún lado. Volvió a buscar a su futuro yerno y se marcharon de la casa a todo correr para rastrearla por los alrededores.

El conde había olfateado el rastro de la chica hasta los carruajes de la entrada, pero ahí lo había perdido. “Maldición”, blasfemó dejando salir un gruñido de su garganta.

Un cochero se le acercó y preguntó:

—Disculpe. ¿Es usted el conde de Draulen?

—Sí.

—Un hombre me ha pedido que le diera esta carta cuando saliera del baile.

El cochero le entregó un papel de pergamino con el emblema del vizconde de Deusen en la cera roja que cerraba la nota.

—Gracias —le dijo Mirena al cochero para que se marchara. Su hijo se había quedado paralizado, contemplando el sello con furia e ira en sus ojos—. Ábrelo.

Leon obedeció la orden de su madre y leyó en un murmullo para que solo ellas pudieran oírlo:

—“Querido conde de Draulen, ante su inminente boda con la señorita Harrelson (mi única respuesta a mis plegarias para tratar de recuperar mi casa) no me ha dejado más remedio que llevar a cabo mis planes por las malas. Ya he sabido que me ha estado investigando y que conoce mis problemas y el motivo que me llevaba a cortejarla. La dote de la señorita Harrelson es muy jugosa, casi tanto como ella, y si mi plan de casarme con ella hubiera llegado a buen puerto, mis problemas financieros se hubieran resuelto de manera muy eficaz. Sin embargo, gracias a su intromisión, he tenido que ir más lejos de lo que quería y la he secuestrado. Sé que es un acto deleznable, pero no me puedo permitir la pérdida de mis tierras. Para dejar que la chica vuelva a sus brazos, le daré una única opción posible: quiero su dote completa. Si está de acuerdo en recuperarla, reúname mañana al mediodía conmigo, en el bosque cercano al puerto. Traiga el dinero con usted y podrá abrazar de nuevo a su prometida. Afectuosamente, el vizconde de Deusen. Posdata: prometo devolverla intacta si no me la juega”.

—Demonio de hombre —gruñó Gabrielle cogiendo la nota de las manos de Leon para arrugarla con enfado—. Regresad a la casa.

—¿A dónde vas? —le preguntó Mirena agarrada al brazo de su hijo.

—A traer a Daven. Él es el único que puede sacar el dinero de la dote del banco. Llegaremos a tiempo para el intercambio —le aseguró la mujer echando a andar hacia las sombras para desaparecer en un abrir y cerrar de ojos al empezar a correr.

Mirena llamó a su cochero, guio a su hijo hasta el interior del carruaje y se pusieron en marcha hacia la casa.



“La Venganza” llegó al puerto de Yndral antes de que amaneciera. Gabrielle, sus dos nueras y

su hija Noelle se subieron a un carruaje y se dirigieron hacia la casa para recoger a Leon y Mirena mientras sus dos hijos, Daven y Stuart, despertaban al director del banco, sacaban la dote de Danielle y se adentraban en el bosque para esperarlos.

Todos eran conscientes de que habían llegado con muchas horas de antelación, pero nunca estaba demás explorar el terreno antes de entrar en batalla, si era necesario.

—No creo que sea conveniente que os vea a todos aquí. Es mejor que me dejéis solo —apuntó Leon pasando su mirada por sus familiares allí congregados.

—No vamos a dejarte solo, aunque estamos un poco limitados por el sol, no nos iremos de aquí hasta que Danielle esté a salvo —agregó Daven dejando la bolsa de cuero llena de dinero en el suelo de hojarasca.

—Está bien. Que no os vea. No quiero que se asuste y se marche antes de poder hacer el intercambio.

Todas las cabezas se movieron de arriba abajo, asintiendo. Se pusieron cómodos y esperaron con paciencia a que llegara la hora que el vizconde había escrito en la carta.

Ya era mediodía cuando todos se pusieron en alerta al escuchar que se acercaba alguien. Se escondieron, dejando al conde solo y observaron cómo el vizconde llegaba hasta el punto acordado apuntando a Danielle con un mosquete.

—¿Ha traído lo que le he pedido?! —gritó el secuestrador quedándose a varios metros de distancia.

—Por supuesto. Está todo en la bolsa.

—Tírela hacia mí.

El conde arrojó la pesada bolsa a varios metros delante de él y el vizconde caminó hacia ella con la joven en cabeza. El hombre se agachó para comprobar que no le habían engañado y le dijo a la chica:

—Ve con tu prometido.

La muchacha apretó los dientes recordándose que no debía delatar su verdadera naturaleza y caminó hacia Leon sin apartar la mirada de su rostro atemorizado.

Solo quedaban unos pocos pasos para volver a tenerla entre sus brazos cuando el vizconde habló:

—Espero que seáis muy felices, pero... —un disparo se escuchó en el silencio del bosque, sobresaltando a los pájaros que habitaban en él—, en otra vida —concluyó el hombre con una risa malévolamente mientras corría para desaparecer entre la espesa vegetación.

Danielle se quedó parada, esperando sentir el dolor del disparo, mas éste no llegó. No le había disparado a ella. Sus ojos se entrecerraron al ver el rostro descompuesto de su prometido y bajó la mirada hasta su camisa blanca. Un atroz y horripilante grito salió de su garganta al ver la mancha roja de su pecho en el blanco impoluto de la prenda y corrió hacia él, agarrándolo antes de que cayera al suelo de hojarasca.

—No, no. Leon, resiste —le ordenó rasgando la camisa para ver el agujero de la bala en su pecho.

—Danielle, tranquila. Se pondrá bien. Ve a por ese maldito —le dijo su madre tapándola con su capa para que el sol no le dañara más la piel.

—¿Estás segura? —sollozó la chica con la cabeza del chico en su regazo.

—Muy segura. Vete.

La muchacha se sorbió la nariz, le dio un beso en los labios a su prometido y lo dejó en manos de su progenitora y de sus cuñadas mientras ella se ponía en marcha junto a sus tres hermanos para

matar a ese desgraciado.

Los cuatro hermanos observaron todo el mar desde el puerto hasta que encontraron lo que buscaban. Se lanzaron al agua y nadaron veloces hacia el galeón en el que, estaban seguros, había embarcado el vizconde con el dinero.

Movieron las manos para que el agua los alzara hasta la cubierta del barco a las chicas, a Daven a la proa y a Stuart a la popa, acorralando a todos los tripulantes con rostros de terror.

Las caras de los recién llegados no eran amigables y, mucho menos, cuando Daven habló con su voz grave y autoritaria para que todos lo escucharan con atención:

—Por vuestro bienestar, os aconsejo que nos digáis dónde está el vizconde de Deusen.

Los marineros se miraron con miedo e incredulidad, pero acabaron señalando hacia el pequeño tejado detrás del timón, donde el hombre estaba agazapado y escondido como un vil cobarde.

Danielle gruñó, subió las escaleras para clavar sus ojos en aquella sabandija y cogerlo del cuello, alzándolo hasta que sus pies quedaron suspendidos en el aire.

—¿Qué demonios eres? —le inquirió el hombre agarrado al brazo de ella, intentando respirar.

La muchacha lo acercó a su rostro para poder susurrarle:

—Tu peor pesadilla.

Al pronunciar la última palabra, la chica caminó hacia la barandilla de madera del barco, lanzó al hombre al agua y lo siguió para hundirlo hasta el fondo, hasta lo más profundo del mar.

Podía sentir los movimientos del vizconde para intentar zafarse del agarre de ella, aunque también notaba el pulso en el cuello de él hasta que su corazón dejó de latir y su cuerpo de moverse.

Abrió la mano para dejarlo libre del agarre y llamó al primer depredador que pasó por allí haciéndole un corte con su uña al cuello del cadáver.

En cuanto la sangre se mezcló con el agua salada y vio a un tiburón blanco acercándose para echar un vistazo, ató el cadáver con unas algas que hizo crecer y se alejó para salir a la superficie.

Llamó a sus hermanos que se unieron a ella y regresaron a toda velocidad hacia el puerto y, después, corrieron a la casa.

Capítulo 8

Gabrielle sacó la bala de plata del pecho de Leon en cuanto sus hijos se marcharon. Destruyó el proyectil aplastándolo en su mano y cogió un puñado de tierra del suelo del bosque para ponerla en el interior de la herida de su yerno.

—Necesito que entre las tres cojáis más tierra para llevarla hasta la casa. Yo me ocuparé de llevarlo a él —les dijo a Mirena y a sus nueras, las hermanas mayores del conde.

Las aludidas asintieron y Gabrielle alzó al chico entre sus brazos para correr hacia la casa con él a cuestas.

Sorteó las calles para llegar a la parte trasera de la vivienda, subir las escaleras y dejarlo tumbado en la cama.

Safira, Esmeralda y Mirena entraron unos minutos después en la habitación con las manos llenas de tierra que dejaron en la palangana vacía del rincón.

—Gabrielle, ¿se va a poner bien? —quiso saber la madre del conde con la respiración entrecortada por la carrera.

—Por supuesto. Los vampiros terrestres se curan con la tierra. Solo hay que darle tiempo para que haga efecto —le aseguró la mujer poniendo más tierra en la herida del chico.

Solo pasaron unos minutos cuando Danielle y sus hermanos aparecieron en la puerta del dormitorio. La chica se sentó en la cama, al lado de su prometido, y le acarició el pelo rubio y la herida del pecho tapada por la tierra marrón oscuro.

—Esta noche estará totalmente restablecido —le informó su madre para tranquilizarla.

—Gracias, mamá —contestó la chica con las lágrimas resbalando por sus mejillas.

—Os dejaremos solos para que descanséis.

La mujer sacó a toda la familia de la estancia y cerró la puerta dejándoles intimidad y privacidad.

—Safira, creo que nos hemos perdido muchas cosas que han pasado por aquí —espetó Esmeralda con la boca aún abierta por la sorpresa que se había llevado al ver a su cuñada besar a su hermano.

—Lo cierto es que sí, pero ya os pondréis al día —respondió Mirena guiándolas hasta las escaleras del vestíbulo.



Danielle se tumbó en la cama, apoyando la cabeza en el lado derecho del conde cuando se percató de que el chico no se despertaría pronto.

Respiró aliviada al sentir los latidos del corazón de él, aún un poco lentos, pero recobrando su ritmo normal con cada minuto que pasaba.

El pecho del muchacho ascendía y descendía con cada respiración y la chica cerró los ojos para concentrarse en el llenado y vaciado de pulmones del hombre.

Se había concentrado tanto que no se había dado cuenta de que estaba dormida hasta que escuchó la voz del chico en un murmullo:

—Danielle —la llamó acariciándole la mejilla.

—Buenas noches, dormilón —lo saludó dejándole un beso en los labios.

—¿Estás bien?

—¿Yo? Estupendamente. ¿Y tú? Te recuerdo que el herido de bala eres tú, no yo.

—Lo sé, me he dado cuenta. Lo que quiero saber es si te ha tocado.

—No, no lo hizo. Puedes quedarte tranquilo.

—¿Sabes dónde está ese malnacido? —le preguntó con los dientes apretados.

—Supongo que, en el estómago de cualquier animal acuático, como un tiburón blanco —respondió la chica sin importancia.

—¿Qué me he perdido? —inquirió con el ceño fruncido.

—Tuve unas pocas palabras con él antes de que huyera con mi dote en un barco.

—¿Has hundido el galeón?

—No, los marineros no tenían la culpa de nada. Solo me di un chapuzón con él.

—Un chapuzón. Si das los mismos chapuzones que Daven con algún capitán de un desafortunado pesquero furtivo, me das mucho miedo —le confesó el muchacho recordando lo que había hecho su cuñado con aquel infeliz que creía que podría librarse de sus fechorías ilegales.

La chica le dedicó una sonrisa inocente y le dejó otro leve beso en los labios.

El chico se incorporó para levantarse de la cama y ella lo detuvo.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó apoyando una mano en su hombro sano.

—Abajo. Quiero ver a mi madre, a mis hermanas, a mis...

—¿Estás bien como para bajar las escaleras?

—Estoy perfectamente. Curado por completo —le aseguró con confianza.

La joven lo miró con reticencia, pero lo ayudó a cambiarse la camisa.

Entraron en el comedor abarrotado de familiares, los saludó a todos y se sentó en la primera silla que vio vacía. Se sirvió algunas alitas de pollo y miró a sus hermanas y cuñados que lo observaban con expectación.

—¿Qué os pasa? —quiso saber el conde hablando con el trozo que había mordido de carne en la boca.

—¿Desde cuándo estáis vosotros dos prometidos? —interrogó Safira señalándolo a él y a Danielle.

—Y, lo más importante, ¿cómo pasó? —apuntó Esmeralda metiéndose un trozo de alita en la boca.

El conde y su prometida contaron la historia y vieron cómo las bocas de todos se abrían al llegar al tema de la pareja suicida del lago.

—Nunca hubiera pensado que las almas pudieran esperar durante años para volver a encontrar a su verdadero amor —comentó Mirena con los ojos vidriosos por lo romántico de la historia de aquella pareja.

—Al parecer, se puede hacer. Aquí tenemos dos claros ejemplos —habló Gabrielle señalando a su hija y a su futuro yerno.

—Bueno y, ¿para cuándo será la boda? —inquirió Daven dando un sorbo de vino.

—Pues, esta mañana le ordené a Grissom que mandara a dos mensajeros. Uno avisará a mi alcalde y el otro a vuestra alcaldesa. El que primero llegue, nos casa —contestó Leon cogiendo un poco de pan.

—Será inminente, pues.

—Eso es una buena excusa para ir de compras —agregó Noelle con una sonrisa encantada en los labios.

Todas las mujeres asintieron con alegría y quedaron para ir por la mañana al pueblo antes de marcharse a sus respectivas habitaciones.



La boda se celebró en el jardín de la casa del barón de Yndral. Todos los buenos amigos de la familia se acercaron para desearles la mejor de sus felicitaciones.

Una chica menuda, castaña, de ojos celestes y piel canela se acercó a la pareja de recién casados con una sonrisa encantada, seguida por un chico alto, castaño, de ojos verdes y piel bronceada que los abrazó a todos juntos, feliz.

—Enhorabuena por vuestra boda —les dijo la muchacha con la voz ronca por la congoja que se le había atascado en la garganta.

—Me alegro mucho por vosotros, tíos —añadió el muchacho apretando el abrazo.

—Drake, nos vas a aplastar. Controla tu fuerza, jovencito —advirtió Danielle intentando llenar sus pulmones de aire.

El aludido los soltó y les dedicó una sonrisa inocente.

—Cada vez te pareces más a tu padre —apuntó Danielle—. Y Rubí se parece a Esmeralda, su madre —añadió al contemplar a la joven.

—Bueno, dejemos lo emotivo para otro momento y disfrutemos de la fiesta que no he tenido que pagar yo —dijo Leon sonriendo por haberse librado de gastar todo lo que habían hecho las féminas de su familia, gracias a Daven que se había empeñado en pagarlo todo a cambio de la dote perdida de su hermana.

Los cuatro se encaminaron hacia la improvisada pista de baile en el jardín y danzaron al ritmo de la alegre música.

Epílogo

11 de abril de 1872.

Casa de los condes de Draulen.

Los gritos de la condesa resonaban en el silencio de la casa. Todos los empleados se ponían nerviosos y angustiados cada vez que la chica gritaba de dolor.

—Vamos, cielo. Un empujón más y tendremos un nuevo miembro en la familia —la animó Gabrielle desde la entrepierna de su hija.

Un nuevo dolor atravesó el cuerpo de la condesa y ésta obedeció a su progenitora. Cogió aire y lo contuvo hasta que escuchó el llanto de su bebé a lo lejos.

—Aquí está. Se ha hecho de rogar —informó Gabrielle tapando a su nieto con una sábana que Mirena le entregó con lágrimas en los ojos—. Es precioso, cielo.

Danielle estaba exhausta por el esfuerzo y no tenía fuerzas ni para abrir los ojos. Su marido le dejó un beso en la frente mojada por el sudor y cogió a su heredero cuando su madre se lo entregó.

—¿Cómo lo vais a llamar? —quiso saber Mirena.

—Kirian, ¿verdad, mi vida? —le inquirió a su esposa.

Al ver que ella no contestaba, desvió la mirada hacia su rostro y se quedó helado cuando la vio más pálida de lo normal, casi traslúcida.

—¿Danielle? —la llamó acercándose a su oído—. Gabrielle, ¿qué le pasa?

La aludida se acercó a su hija y comprobó que su respiración y los latidos de su corazón estaban demasiado aletargados. Tiró de la sábana que le tapaba las piernas y el mundo se le vino abajo al ver toda la tela debajo de ella teñida de rojo carmesí.

—Maldición —blasfemó corriendo hacia la palangana para echarle agua en la entrepierna y cortar la hemorragia.

—¿Qué ocurre? —interrogó Leon entregándole a su madre el bebé.

—Se está desangrando. Necesita sangre, pero romperíamos la regla de oro de nuestra especie si se la cogemos a cualquier humano o ser sobrenatural —explicó su suegra dejando la toalla empapada en agua sobre la entrepierna de la condesa.

—Pues, le daré la mía —convino el conde aterrado por perderla.

—Hay que meterla en la pila y, una vez dentro, que beba de ti.

El hombre asintió, les ordenó a dos sirvientes que trajeran la bañera y cubos de agua sin importar la temperatura. Cogió a su esposa en brazos, la metió en el líquido transparente, se mordió en la muñeca dejando salir su sangre y la apoyó en los labios de su mujer para que bebiera.

Al principio la sangre se quedaba en el interior de la boca de la chica, sin tragarla, pero poco a poco y gracias a los dos líquidos, Danielle recuperó el color y la consciencia.

Abrió los ojos dejando de beber de la muñeca de su esposo y preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy dándome un baño?

—Te estabas desangrando y tu madre ha pensado rápido. Casi te pierdo —le explicó Leon con los ojos llenos de lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Tendremos que tener más cuidado con el siguiente bebé —comentó ella sin darle importancia al hecho de que había estado a punto de morir.

—No pienses ni por un segundo que vas a hacerme pasar por esta pesadilla otra vez. No, ni hablar —le advirtió el conde enfadado.

“¡Por los dioses, había estado a punto de perderla! ¿Cómo podía pensar en traer a otro bebé al mundo después de eso?”

—¿Solo vamos a tener un hijo? Se va a aburrir siendo hijo único. Solo uno más y ya está, además, el momento de engendrarlo es muy divertido, ¿no? —respondió ella con una sonrisa pícaro en los labios.

Su marido intentó mantener el rictus serio, sin cambiar de opinión, pero acabó riendo y besándola con dulzura mientras le advertía:

—Uno más y ya está. No me convencerás otra vez.

—Lo prometo. Te amo.

—Yo también te amo.

Se enredaron en otro beso y escucharon la voz de Gabrielle:

—Ya veo que estás recuperada, así que, me voy a ver a mi nieto y dentro de un rato os lo traigo.

Salió de la habitación y se encontró con Mirena y todos los empleados que esperaban impacientes alguna noticia sobre el estado de la condesa.

—¿Cómo está? —quiso saber Mirena acunando a Kirian.

—Recuperada, pero vamos a darle unos minutos antes de verla. Déjame coger a este hombretón. Se parece a su padre, ¿verdad?

—Eso mismo he dicho yo —convino la ama de llaves con una sonrisa.

—Qué buen ojo tiene, Calista —la halagó Gabrielle—. Vamos a ponerlo más guapo para que conozca a su madre.



Danielle cogió en brazos a su hijo y le dejó un beso en la pequeña frente con las lágrimas resbalando por las mejillas.

—Creo que he llegado al límite de la felicidad absoluta —dijo acunando al bebé mientras su marido la abrazaba para observar la cara del niño.

—No, mi vida. Llegarás a la felicidad absoluta cuando tengas a nuestro segundo hijo y ahí nos quedaremos siempre —apuntó el conde con una advertencia al final.

—De acuerdo, ahí nos quedaremos.

La chica alzó la cabeza y besó a su esposo con todo el amor que le profesaba.

—Te amo.

—Yo también te amo.

Sobre la autora

Maryah Well es el seudónimo bajo el que se esconde María del Carmen C. Pozo. Nací en Sevilla en 1987.

Desde pequeña inventaba historias, pero no llegaban a salir de mi carpeta. No me di cuenta de que me encantaba escribir hasta que en 2012 decidí mandar mi primer relato a un concurso literario, desgraciadamente, no gané.

El género que más me gusta es la novela de highlanders y la novela romántica y/o erótica, teniendo muy presente a mis autoras favoritas, como son: Megan Maxwell, Christine Feehan, Nora Roberts, Lara Adrian, Elísabet Benavent, entre otras.

En marzo de 2019 publiqué mi primer libro en Amazon: “Elementales I: Fuego”.

En mayo de 2019 el segundo: “Recuerdos Olvidados”.

En Julio de 2019 el tercer y cuarto libro en Amazon para el concurso literario de éste: “Fiera Oculta (Depredadores 1)” y “Amor Complicado (Ángeles de la Guarda 1)

En octubre de 2019 el quinto libro: “Elementales II: Tierra”.

En abril de 2020 el sexto libro: “Elementales III: Mente”.

En agosto de 2020 mi primer relato: “Una cita para San Valentín”.

En septiembre de 2020 el séptimo libro: “Florencia”.

En octubre de 2020 la octava novela titulada: “No dejaré que me olvides”.

En noviembre de 2020 una novela corta titulada: “Quédate siempre conmigo, flaquita”.

Y en febrero de 2021 otra novela corta titulada: “La tentación a bordo”.

Podéis seguirme en mi página de Facebook: Maryah Well (Escritora); en Instagram: Maryahwellautora; en Twitter: @AutoraWell; en Inkspired, en Dreame y en Booknet: Maryah Well; donde podréis encontrar otros libros escritos para esas plataformas y que podéis leer gratis.

Además, en TikTok y en mi canal de Youtube podréis ver los booktrailers de las novelas.

